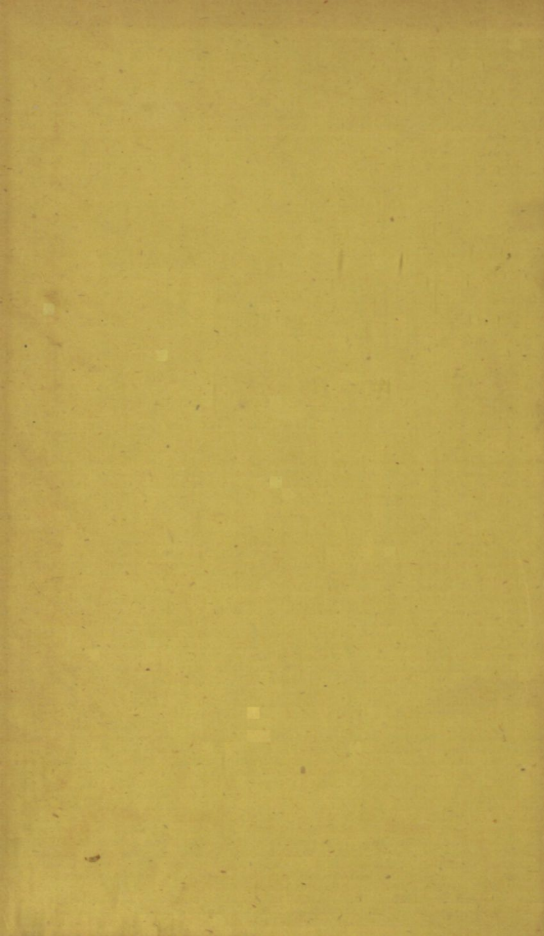






EL GUAPO

FRANCISCO ESTEVAN

PARIS. — IMP. SIMON RAÇON ET COMP., RUE D'ERFURTH, 1.

R. 42.045

CRONICAS ROMANESCAS DE ESPAÑA



EL GUAPO

FRANCISCO ESTEVAN

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO SEGUNDO



PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

23, CALLE VISCONTI, 23

1868

Propiedad de los editores



CHRONIQUE DE L'ÉPIQUE

ET C.

FRANÇOIS ESTEYAN

2. MONSIEUR FERRONNIER Y COMTALES

1800



1818

MONSIEUR DE LA FORTUNE

1818

CAPITULO PRIMERO

¿QUIÉN ENGAÑA A QUIÉN?

CANTO PRIMO

LIBRO PRIMO

Lola 1906



— ¡ Ah ! ¿ Con que nuestro hombre ha venido ?
dijo el Marqués : ¿ sabrá que se ha registrado su
casa y que se ha pretendido registrar su barco ?
veremos.

Y dió orden de que introdujesen en el estrado á Francisco Estévan.

Cuando llegó el Marqués, nuestro héroe se paseaba por el mismo salon de grande uniforme, con las manos atrás y en ellas un rico sombrero de tres candiles galoneado de oro y guarnecido de plumas negras, y con la cabellera profusamente empolvada, y peinado á la moda de aquel tiempo.

II

Francisco Estévan, sabia en efecto, que su casa habia sido registrada, y que se habia pedido autorizacion para registrar su barco, lo cual habia sido negado.

Se le habia asegurado tambien sonriendo, por

el capitan del puerto, que su barco no se registraria por la sola acusacion de un viejo disoluto que estaba muy mal opinado en Cartagena.

— Si se registrase mi barco, dijo Francisco Estévan que no sabia mentir, se encontrarian en él á mi esposa.

— ¿A vuestra esposa?

— Sí.

— ¡ Y os habeis casado sin real licencia !

Y sin licencia de nadie.

— Pues callaos, callaos, porque si como supongo, os habeis casado con la hermosísima Doña Claudia, lo habeis hecho contra el viento y la mar, y esto podria echaros á pique.

— Me he casado, como he podido casarme.

— Pues bien, mucha discrecion, mucha reserva.

—El asunto ha pasado entre mi capellan y mis tripulantes, y ellos guardarán el secreto.

—Pero vos no le guardais.

—Sí, le guardo, cuando le confio á un hombre de honor como vos.

—Bien, bien ; pero á salir de lo presente como se pueda, á hacer otra nueva hazaña, y á pedir en seguida el indulto de lo que habeis hecho al Rey, y la absolucion á la iglesia.

—Eso pienso.

—Pues á la mar, Don Francisco, á la mar, y sobre la costa de Africa.

—Necesito ir antes á casa de *mi buen tio* político.

—¿Y para qué?

—Para pedirle cuenta de por qué me ha denunciado como el raptor de su sobrina.

—¡Diablo ! ¡ muy bien pensado ! así desorientareis á todo el mundo.

— Pero vos declarareis un dia, dijo Francisco, como lo declararán mi capellan y mis tripulantes, que yo estaba ya casado con mi Doña Claudia, cuando yo pedia cuentas á su tio.

— Ciertamente : el honor de vuestra esposa, el vuestro, quedarán perfectamente á cubierto.

— Y yo espero, amigo mio, que mañana todo el mundo encontrará, no ya natural, sino necesario, que mi esposa haya huido de la casa de su infame tio, y se haya amparado de mi.

— Os tengo envidia, bribon ; exclamó sonriendo el capitan del puerto y estrechando la mano á Francisco : sea una y mil veces enhorabuena : pero á concluir, y á Africa : dadnos pronto un nuevo espectáculo de vuestro bergantin empavesado con cadáveres de piratas.

III

Francisco Estévan, iba pues, prevenido á casa del Marqués.

Al sentir los pasos de este, se volvió.

Tal estaba el semblante de Francisco Estévan, que al verle el Marqués, retrocedió espantado.

Francisco se rehizo y dijo :

— ¿ Por qué me temeis ?

— Yo no os temo, contestó con arrogancia el Marqués, yo no os creo un bandido.

— Haceis bien : pero me creeis otra cosa.

— Yo no os creo nada mas que un valiente

marino que honra á su patria y le es muy útil ; contestó el Marqués, que era muy bajo.

— Si, dijo Francisco Estévan : vos creéis que este marino que buscando la venganza de la *muerte de su padre*, arrebatada de Africa cadáveres de piratas, arrebatada tambien de su hogar *nobles doncellas*.

Francisco Estévan habia acentuado enérgicamente las palabras que hemos subrayado.

El Marqués tembló.

— No os comprendo, dijo.

— Por solicitud vuestra, continuó Francisco Estévan, la justicia ha registrado mi casa, y si no se registró mi barco, fue porque el general de marina no deja se ofenda á uno de sus subordinados por fútiles sospechas.

— Cuando una jóven, que tenemos la responsabilidad de guardar ante Dios y ante el mundo desaparece, dijo á cada momento mas aturdido el

Marqués, á quien causaba un terror frio la expresion que Francisco Estévan no podia ocultar, se la busca en todos los lugares á donde se cree pueda haber ido.

—¿Y qué motivos teniais para creer que vuestra sobrina hubiera ido á mi casa?

— ¡ Vos la salvásteis !

— Y bien, no la he vuelto á ver : ó por mejor decir, no la he visto mas que confusamente : cuando la saqué del mar, hacia muy oscuro, y me desvanecí inmediatamente despues de haberla salvado, el dolor de la muerte de mi padre, me turbó la razon : cuando la recobré, mi único pensamiento fué vender mi hacienda para fletar un barco é ir á buscar la venganza de mi padre : aun no he podido castigar á sus asesinos, pero los castigaré, los ahorcaré : podeis estar seguro de ello.

El Marqués tembló y miró de una manera profundamente investigadora al jóven, ansioso

de encontrar una intencion en su espresion, en su mirada.

Pero nada vió.

El Marqués se tranquilizó y dijo para sí, con un rápido pensamiento que reunian estas palabras.

— No, nada sabe de ella : con ella se ha ido Pardales que posee todos mis secretos : como me ha vendido llevándosela, me hubiera vendido revelándole todo : no, no, nada sabe ; no ha sido él.

Y luego dijo en voz alta.

— Confieso que os he ofendido, por impremeditacion, por una impremeditacion escusable en el estado en que debia encontrarme, en que me encuentro : y en verdad que la sospecha de que mi sobrina estuviese en vuestro poder no ha partido de mí.

— ¿De quién, pues? preguntó Francisco con espresion ya mas serena.

— De un celoso.

— ¡De un celoso!

— Si por cierto: pero sentaos Señor Don Francisco, sentémonos: somos harto antiguos amigos para que esteis en mi casa de pie y con el sombrero en la mano: la sombra de vuestro padre podria ofenderse.

Y tomó el sombrero de las manos de Francisco y le puso en un sillón.

El jóven sintió que una llamarada de cólera subia de su corazon á su cabeza al oir el nombre de su padre en la boca del Marqués.

Pero disimuló dando muestras de una gran simpatía, y se sentó en el sillón que le ofrecia con una sincera solicitud el Marqués.

IV

— Pues sí, dijo este; un celoso : un hombre á quien yo he prometido la mano de mi sobrina.

— ¿Y qué fundamento tenia ese señor para creer que yo?...

— Permitidme, amigo mio : los celos que tienen fundamento, dejan muy pronto de ser celos para convertirse en evidencias.

— Pero ese señor ha debido tener una razon cualquiera.

— Lo calorosamente que hablaba de vos mi sobrina, el acento con que os llamaba su salva-

dor... os confieso que yo mismo llegué á creer que os conociais, que os amabais.

— Si nos hubiéramos conocido, si nos hubiéramos amado, vos habiais debido suponerlo, yo os la hubiera pedido por esposa.

— Y yo os la hubiera dado con toda la alegría de mi alma : yo os la doy : yo no tengo comprometida mi palabra con mi amigo el Conde de Tres Pozos, mas que condicionalmente ; bajo el supuesto de que Claudia aceptase, porque yo por nada del mundo sacrificaría á mi sobrina, á quien adoro.



V

El pensamiento de esterminar al Marqués pasó por la cabeza de Francisco, pero se contuvo.

—Bien dicho, continuó el Marqués sin aperibirse de aquel movimiento interior de Francisco, yo estoy libre de mi palabra, porque Claudia ha declarado francamente que no se casará con nadie... con nadie mas... puedo decíroslo en confianza... que con vos, si vos la conociérais y la amárais : esto me lo ha dicho á mí solo, y hé ahí, que yo he podido sospechar... pero decis bien : ¿qué os impedía pedírmela por esposa ? yo os la hubiera concedido, yo os la concedo.

— Es verdaderamente una lástima, dijo Francisco Estévan, que yo no pueda pasar de agradecer vuestra tentadora oferta, Señor Marqués.

— ¿Y por qué no mas que agradecerlo ?

— Porque la sombra de mi padre se levantaria contra mí irritada : un hombre de honor, Señor Marqués, no puede dar su nombre á una mujer que ha estado escapada una sola hora de su casa, sin que se sepa donde ha estado.

— Sois hartó duro con nosotros, Don Francisco ; dijo el Marqués.

— No, no señor ; replicó Francisco : soy severo : os he dicho lo que siento, como lo digo siempre.

— Teneis razon, teneis razon ; mi sobrina es una loca ; ha estado, por desgracia, demasiado tiempo en Nápoles, y allí las costumbres...

— Permitidme que me retire, Señor Marqués ; dijo Francisco levantándose y tomando su sombrero.

— ¡ Tan pronto !

— Si, sí señor ; el objeto que me ha traído está ya satisfecho ; esto es : desvanecer una sospecha que habia caído sobre mi honra : por lo demás, yo deploro esta desgracia que ha venido sobre vuestra casa...

— ¡ Ah ! ¡ no ! ¡ no ! dijo el Marqués : nosotros no respondemos de las faltas de los demás, sino de las nuestras : yo no tenia atada á mi sobrina : yo no la he criado y nadie puede decir que esa locura es un resultado de mi descuido, de una perversa educacion ; allá, allá ella... cuando parezca, la encerraré en un convento, y hé aquí todo.

— Hareis muy bien en encerrarla, Señor Marqués ; dijo Francisco Estévan con una gran

naturalidad, y adios; tengo que hacerme á la mar.

— Espero que muy pronto nos dareis un buen dia, como el de ayer.

— Yo lo espero tambien, si Dios quiere; dijo Francisco.

— Y estrechó fuerte y cordialmente la mano al Marqués, que le acompañó hasta las escaleras.

— Allí se saludaron de nuevo y se estrecharon otra vez la mano.

Francisco bajó tranquilamente las escaleras.

— No, no; dijo volviéndose á su cuarto el Marqués: no ha sido él... no... es demasiado jóven para fingir de tal manera... para engañarme á mí... ha sido Pardales... el infame Pardales... que queria, sin duda, sacar fruto de los secretos que poseia... imponerme condiciones...

pues bien, le daré oro... todo el oro que quiera...
y luego... luego... ¿para qué ha hecho Dios el
arsénico?



CAPITULO II

DE COMO LOS LEONES HUYEN Y LOS CANALLAS SE ARREPIENTEN

Francisco Estévan había sufrido de una manera horrible.

Solo por la situación escepcional en que se encontraba, no había caído como una tempestad sobre aquel infame viejo.

Se habia contrariado mucho mas que lo que él creia podia contrariarse.

La dura ley de la necesidad.

El honor y la libertad de Claudia.

Nunca habia sido tan valiente Francisco.

Y hay que advertir para estimar en mas su admirable sangre fria, que habia ido á casa del Marqués fuertemente irritado por la escena que habia tenido lugar casa de Don Serafin.

El recuerdo de Clara le inquietaba.

Esperimentaba por Clara el vago temor que ya hemos indicado en él.

Un terror que ponía algo frio, algo incomprendible en su corazon.

Y por otra parte, tal es la condicion humana, aunque ligeramente enamorado de Clara, le halagaba, le hacia sentir un no sé qué delicioso aquel otro amor delirante que por él Clara sentia.

Iba, pues, Francisco Estévan con los pies por la tierra, pero con la cabeza no sabemos dónde, y andaba rápidamente, de una manera maquinal y sin direccion fija.

II

Iba con una rapidez y con una fuerza infinitas.

Al revolver una esquina tropezó con un hombre y casi le tiró por tierra.

Aquel hombre se rehizo y exclamó :

— Vive Dios, Don Fulano, mal nacido y canalla, que os rompa la cabeza.

No era necesario tanto para que estallase la ira de Francisco.

Sin remarcar siquiera el semblante de quien así le habia injuriado, ciego de cólera, llevó con furia la mano trémula á la espada, la desnudó, y dijo volviéndose hácia aquel hombre.

— Defendeos, vive Dios, ú os mato aquí como un perro.

La calle era escusada.

No habia en ella mas que tres personas.

Francisco Estévan, el hombre ante quien se habia vuelto, y su criado.

Una especie de jaque matasiete, á juzgar por su aspecto, que llevaba al costado un espadon incommensurable.

El hombre encontrado por Francisco Estévan era el Conde de Tres Pozos.

El criado que le acompañaba, que le servia de escudero por el camino, y al que habia llamado Cosme.

— Quédate con él, y despáchale sin duelo, dijo el Conde.

— ¡ Cómo ! ¡ cobarde ! exclamó Francisco que no conocia al Conde, de la misma manera que el Conde no le conocia á él : ¡ me insultas y encargas de salir del lance á un lacayo como si yo fuera un perdido !

Y Francisco Estévan se arrojó rugiente sobre Cosme y de tal manera, que de un tajo le partió la cabeza, y antes de que cayera, tal era la destreza y la rapidez de Francisco Estévan, le atravesó de parte á parte de una estocada.

Con la tercera parte de gravedad de cualquiera de las dos heridas, hubiera habido bastante para matar á un toro.

III

El Conde, necesario es hacerle en esta parte justicia, no era ni cobarde, ni apresurado, ni torpe.

Al ver cómo Francisco Estévan habia dado fin de su criado, que habia sido bravo y sereno, comprendió que debia tener gran suerte para no ser muerto al primer golpe.

Desnudó, pues, su espada, y antes de acometer á Francisco, obedeciendo á una sospecha inspirada por el uniforme y por el valor del jóven, exclamó :

— Tú eres el miserable Francisco Estévan, corsario que acabarás en pirata.

— ¿Y tú quién eres? gritó Francisco Estévan en cuya mano temblaba la espada sangrienta hasta la mitad.

— ¡Yo soy el Conde de Tres Pozos! contestó este.

— ¡Ah! ¿y he de bajar hasta matarte yo? exclamó Francisco: ¡á tí, mas vil que tu criado! no importa, tambien se mata á los lobos.

Y envistió con el Conde, á quien no valió su destreza para retardar ni un momento el golpe.

Su costado derecho fue rasgado por la espada de Francisco.

IV

Alguna gente que habia salido á las ventanas al ruido de la riña, empezó á dar voces.

El espectáculo era horrible.

Cosme estaba inmóvil sobre un ancho charco de sangre, del cual salía un espantoso arroyo que corría á lo largo de la calle, que era pendiente, torciéndose por entre las desiguales piedras y determinando en los hoyos otros pequeños charcos.

No se sabe cuanta sangre tiene un hombre.

Treinta y seis libras dice la ciencia.

Pero cuando sale de un cadáver parece un mar.

La aumenta el horror que infunde.

El Conde vacilaba.

Se le habia caido la espada de la mano y se agarraba á las paredes.

Dejaba trás si un largo rastro de sangre.

V

Francisco Estévan permaneció un momento irresoluto.

Le costaba mas trabajo huir que matar.

Pero las voces cundian.

Los que contra él voceaban, los que contra él empezaban á salir á la calle armados cual de un palo, cual de una espada, cual de una escopeta ó no le conocian ó desconocian en él al hombre aclamado del dia anterior.

Y cargaban sobre él por los dos extremos de la calle, alentados por la superioridad de su número.

Francisco Estévan se acordó de Claudia.

Saltó como un tigre á quien acorralan los cazadores, y rompió por medio de los que se oponían á su paso, que se separaron aterrados, y tan á tiempo que no pudo alcanzarlos la espada de Francisco.

Luego todos, volviendo á animarse, corrieron tras él gritando:

— ¡ Al asesino ! ¡ al asesino ! ¡ ha matado dos hombres ! ¡ atajadle, prendedle !

Y alguno disparaba su escopeta contra Francisco Estévan que continuaba corriendo.

Al fin él y los que le perseguían se perdieron entre el laberinto de las callejuelas.

IV

Algunos mas fanáticos ó menos en disposicion de correr que se habian quedado en el lugar de la catástrofe, acudian á socorrer al Conde.

— Llevadme, llevadme á casa del Marqués de Castro-Ponce, llevadme de prisa... yo muero... quiero ser auxiliado...

El Conde fue llevado en una camilla improvisada casa del Marqués, que se aterró cuando vió llegar en aquel estado á su amigo y mucho mas cuando este le dijo :

— Mirad cómo me ha puesto ese maldito Francisco Estévan.

— Pero, ¿por qué? le preguntó el Marqués.

— Nos dimos un encontron al revolver una esquina y le traté duro: él se irritó y se arrojó sobre Cosme... le mató... y se vino sobre mí...

— Pues ved, ved ahí... dijo el Marqués que tenia el corazon muy duro: si no hubierais creido que él se habia llevado á Claudia, y que era necesario registrar su casa y su barco, él no hubiera venido aquí á pedirme cuenta de ello, y si no hubiera venido no os hubiérais encontrado con él... pero yo espero que no murais.

— Sí, sí, es necesario no perder tiempo; que llamen á un sacerdote.

El Marqués dió las órdenes oportunas.

Y acercándose luego al lecho del Conde, le dijo:

— Os afirmo que no ha sido él quien se ha llevado á mi sobrina; yo creo que habeis sido vos.

— ¡Yo! ¡qué me importa ya vuestra sobrina! yo queria casarme con ella porque estaba arrui-

nado, y vos queriais que me casara con ella para que la matara; yo muero de mala muerte; no morireis vos mejor.

— ¡Bah! ¡bah! dijo el Marqués con un cinismo terrible; no, eso será lo que Dios quiera.

VII

El Conde de Tres Pozos no vivió mas tiempo que el necesario para declarar que quien le habia matado era el capitan de navío Don Francisco Estévan como asimismo á un criado suyo; pero que estando próximo á comparecer ante Dios, debia declarar que Don Francisco habia sido gravemente injuriado y amenazado por él y por su criado, que habia reñido bien y lealmente en defensa propia, y que le perdonaba de todo corazon.

— Pues con esto, dijo el Alcalde mayor al escribano, no hay mas que sobreseer : provocacion, amenaza, acometida, defensa propia y legitima, riña buena y leal de uno contra dos...

— Sí, sí, dijo el Conde que tenía miedo al infierno y creia que el diablo venia con las uñas listas para agarrarle ; él ha hecho lo que necesaria, lo que irremediabilmente debia hacer, y yo digo mal cuando digo que le perdono, porque él es quien debe perdonarme : si se le ha preso que le suelten, y que le digan que yo le suplico que venga para oir el perdon de su boca.

Todos estos buenos oficios por Francisco Estévan, los hacia lo repetimos el miedo del Conde de Tres Pozos á la justicia divina.

VIII

El Alcalde mayor se apresuró á mandar que si no se habia preso á don Francisco Estévan no se le prendiera, que si se le habia preso se le soltara, y que de todos modos se le hiciese conocer la última voluntad de un moribundo.

Pero la muerte no dió tiempo al conde mas que de recibir los auxilios espirituales.

Cuando murió, el marqués de Castro Ponce, que se habia alegrado al ver que la grave situacion en que le habia puesto Francisco Estévan le libraba de un enemigo, si no del momento, del por venir, exclamó mirando el cadáver

— Ese estúpido lo ha echado á perder todo.

Esta fue la oracion fúnebre del Marqués á su amigo.

Y bajo pretesto de dolor, se encerró en su cuarto para no ver á Francisco Estévan si venia.

CAPITULO III

DE COMO HAY CASUALIDADES QUE PARECEN PROVIDENCIAS

Velasco, el segundo del Vengador, entró en cuidado.

Sabia que su jefe habia hecho una diablura y temia sus consecuencias.

Se paseaba, pues, por el puente, y á cada vuelta miraba cuidadoso á la puerta de la Mar y á los muelles.

De improviso oyó uno como alarido dentro de la poblacion, cerca de la puerta de la Mar, y algunos disparos de escopeta.

— ¡ Diablos ! dijo, ¿ si será esto alguna de las del capitán ?

Y sin esperar á más, gritó :

— ¡ Ah del equipaje ! ¡ la chalupa al agua y á los muelles, con doce hombres ! ¡ apareja á levar !

Al ruido de la maniobra, salió á la puerta de la cámara Claudia.

— ¿ Qué es eso ? dijo.

— Esto es, señora, que allá en la ciudad se oye tumulto y tiros, y que yo he mandado echar la chalupa al agua y poner el barco en franquía,

por si ese tumulto tiene algo que ver con vuestro esposo.

II

Apenas habia dicho estas palabras Velasco, cuando aparecia en tropel, por la puerta de la Mar, y no se vió otra cosa que hombres revueltos y espadas que relucian.

—¿No lo decia yo? exclamó Velasco; allí veo las charreteras del capitan: ¡si es mucho hombre! ¡vive Dios! las piezas en batería muchachos, fuera los tapones: ¡sabe Dios lo que tendremos que hacer para salir de aquí! pero saldremos, confio en Dios.

Claudia estaba densamente pálida, y devoraba

con una mirada ansiosa aquello que acontecia sobre los muelles.

III

En efecto, Francisco Estévan se defendia como un toro rodeado por perros de presa.

Entre nuestros abuelos, los cobardes eran una escepcion, especialmente en los puertos de mar, y en uno tal como Cartagena de Levante, patria de gente dura y de excelentes marinos.

Francisco habia logrado ganar las calles que conducian al puerto, sin tener que herir á nadie, pero al entrar en la calle de la Mar, una de las mas concurridas, ya fue distinto.

Habia cargado tanta gente sobre él, que se ha-

bia visto obligado á herir, á atropellar, para ganar la puerta antes de que la cerraran.

Arremeti6, pues, á los que le seguian, con una furia infinita, los heria, los acuchillaba, los ponia en respeto, y luego corria, hasta que, teniendo mucha gente sobre sí, volvía á hacer frente, y á huir y á atropellar.

Afortunadamente no le habian faltado ni la sangre fria, ni la fuerza, ni la espada.

Muchas veces, cuando corria, se veia obligado á atropellar á los que salian contra él de través.

Las voces de:

— ¡ Al asesino ! ¡ al asesino ! ¡ atajadle ! ¡ prendedlo ! se multiplicaban.

Como el estruendo llegase á la tienda de don Serafin, este se asomó á la puerta, para ver que era, cuando al mismo tiempo Francisco Estévan, que habia llegado hasta allí corriendo, se volvía para investir á los que le seguian.

— ¡ Ah desdichado ! exclamó el honrado mercader : tú estás poseído por el diablo : ¡ bien hizo tu padre en morirse para no ver esto ! entrégate desdichado, entrégate : no cometas mas crímenes.

La familia de don Serafin, y entre ella doña Clara, se habian asomado á la ventana.

Doña Clara gritó :

— ¡ Defiéndete, Francisco, defiéndete ! ¡ yo no quiero que mueras ! ¡ quiero matarte yo !

IV

O Francisco Estévan no oía esto, ó era como si no oyese.

Contenida de nuevo la gente, partió otra vez á la carrera, y llegó á la puerta á tiempo que los guardas iban á cerrarla.

Pero estos huyeron aterrados.

Francisco ganó los muelles.

Su intencion era tirarse á la mar, nadar entre dos aguas, no salir á flote mas que para perderse y ganar su barco.

Pero al ver cerca los muelles, se le echaron encima marineros y soldados de marina.

Francisco se dió por perdido.

Estaba herido de muchas puntas de espada y de bala, y aunque por fortuna ligeramente, habia perdido mucha sangre.

Las fuerzas estaban á punto de faltarle.

Pero lo que habia creido que le perderia, fue su salvacion.

Los soldados y los marineros, al ver que aquel

sobre quien se arrojaron, era el Guapo Francisco Estévan, lo metieron todo á barato, se mezclaron entre los paisanos, y sin defender abiertamente á Francisco, le dieron lugar á que llegase á los muelles y entrase en la chalupa.

Esta se metió muy pronto entre los innumerables buques anclados en el puerto.

Las baterías no podían hacer fuego.

El Vengador, ya en franquia, se habia cubierto tambien con los buques anclados.

Se echaron al agua algunas chalupas con gente armada : pero se tardó mucho en todo esto.

En vano el Corregidor estimulaba á la turba.

El elemento militar, mejor dicho, el elemento marino, se ponía de parte del valiente corsario, y no hacían otra cosa que cubrir el espediente.

Se avisó á los fuertes de la entrada del puerto,

pero cuando llegó la órden, ya estaba en pleamar el Vengador, y poco despues se le perdió de vista.

De otro modo, con un poco mas de actividad de las autoridades de marina, sin la proteccion inesperada de los soldados y de los marinos, el bravo Francisco Estévan, no hubiera podido escapar.

V

¿Pero cómo habia escapado?

Herido en mil partes, jadeante, febril.

Habia sostenido una larga y terrible lucha de hora y media.

Una terrible lucha de titán.

Estaba tendido sobre la litera, pálido, estenuado.

Claudia lloraba desolada.

El día de sus extrañas bodas, se había convertido en un día terrible.

El cirujano del barco reconocía minuciosamente á Francisco.

Claudia le miraba con ansiedad, á través de sus lágrimas.

Al fin de una larga inspeccion, el cirujano dijo :

— Tranquilizaos, señora ; esto es maravilloso: le he contado treinta heridas de arma blanca y seis de bala.

— ¡ Dios mio! exclamó Claudia aterrada.

— Pero ninguna es grave: yo os lo juro: no tenemos mas que la fatiga y la pérdida de sangre: antes de ocho días habrá dejado su litera, y

antes de quince, y gracias á las buenas gallinas de Africa, habrá recobrado por completo sus fuerzas.

— Y aunque eso sea, exclamó Claudia algo consolada, enviarán contra nosotros barcos.

— No hay un solo barco de Rey en Cartagena, señora ; dijo Velasco : y aunque le hubiera, ¿ qué importaría ?

El « no importa » es la frase de los héroes ó por lo menos de los bravos.

El cirujano y Velasco salieron de la cámara.

— Pero, ¿ habeis visto ? dijo el cirujano.

— Que el capitan es una fiera, lo tenemos ya bastante visto.

— No, no me refiero yo á eso que es notorio, dijo el cirujano : lo que he querido decir, es que hay que tener á milagro que entre tanta herida, no haya ninguna mortal, ni siquiera grave, y completamente libres el rostro y el cráneo.

— Eso no es milagro, amigo mio; eso es que á Dios le gustan los valientes, y los protege: ¡diablo! de otra manera, un valiente no serviria mas que para una vez.

Y despues de estas palabras gritó al equipaje:

— ¡Hola, muchachos! aprovechemos este viento fresco: corramos un largo: estamos haciendo falta en la costa de Africa.

Pocos minutos despues, el Vengador á toda vela, inclinado sobre la banda de estribor, gallardo parecia una paviota que tocaba con las puntas de sus alas la superficie de las ondas.

VI

En Cartagena, entretanto, la declaracion del conde de Tres Pozos, que trasmitida por los al-

guaciles del Alcalde mayor, habia corrido de boca en boca, causaba una reaccion en favor de Francisco Estévan.

No se trataba de un asesino, sino de un hombre que injuriado y acometido, habia desplegado su maravilloso valor en defensa propia.

Lo que habia hecho despues, aunque hubiera sido terrible, en defensa propia habia sido tambien, y no podia decirse que habia vuelto su acero contra la justicia, porque esta no habia tenido tiempo de ponérsele delante, ni por consecuencia de intimarle que se diese preso al Rey.

Por otra parte, como la turba multa que le habia perseguido, no se habia atrevido á acercársele mucho, y habia huido siempre que Francisco Estévan la habia hecho cara, las heridas no eran de mucha gravedad, como causadas desde lejos.

En fin, Francisco Estévan habia puesto el colmo á su reputacion de *Guapo*, sin haber matado

mas que á dos bribones, y sin haber hecho despues otra cosa que maltratar á dos docenas de aprendices de valiente.

VII

— Preciso, decia don Serafin, cambiando de nuevo de opinion : Francisco no viene de casta de asesino, y cuando él ha matado á esos dos, sin duda tenia razon : él volverá, él volverá, sino es que las heridas que ha recibido le tienen en cama.

Clara se puso pálida.

— ¡ Ah ! ¡ pobre niña ! dijo don Serafin ; vos en fin, habeis tenido razon para volveros loca :

amais á Francisco, con mucha razon, puesto que él os ha salvado del poder de vuestro tirano ; habeis creido que os amaba y os habeis encontrado con que se ha casado con otra... pero esto no puede ser verdad, no : ¿cuándo se ha casado, señor? ¿cuándo y con quién? Al fin, resultará, que si él ha dicho esto, es porque le ha venido en deseo decirlo... es muy extravagante... su padre era lo mismo, ya, ya vereis como vuelve, y os busca, y se arroja á vuestros pies, y os pide perdón, y os hace su esposa.

— Él no miente nunca, exclamó con voz severa Clara.

— ¡ Como querais ! pero en fin, ya veremos.

VIII

Algunos patrones de barcos veleros se prestaron á salir á la mar en busca de Francisco Estévan.

Se temió que arrastrado por su carácter y creyéndose imposibilitado de volver á España, irritado con el sentimiento de una injusticia, se lanzase á algo terrible, por lo cual, fuese necesario darle caza y castigarle.

Valia demasiado Francisco Estévan para que no se procurase conservarlo.

Pero los barcos volvieron declarando que el Vengador habia desaparecido, puesto que habian avanzado mucho en la mar, y no habian podido avistarlo.

— Él volverá, dijo lleno de confianza don Serafin.

— Él volverá, dijeron llenos de deseo sus compañeros de la Marina real.

— Yo le buscaré, murmuró de una manera terrible doña Clara.

En el siglo XVIII, el Imperio de China experimentó una gran prosperidad y un gran desarrollo en todos los aspectos de su vida social, económica y cultural.

En este período, el Imperio de China alcanzó su máxima extensión territorial y su máxima influencia política en Asia y en el mundo.

CAPÍTULO IV

En este capítulo se describirá la vida social, económica y cultural del Imperio de China en el siglo XVIII.

La vida social en el Imperio de China en el siglo XVIII se caracterizó por una gran estabilidad y un gran desarrollo en todos los aspectos de la vida social.

La vida económica en el Imperio de China en el siglo XVIII se caracterizó por una gran prosperidad y un gran desarrollo en todos los aspectos de la vida económica.

La vida cultural en el Imperio de China en el siglo XVIII se caracterizó por una gran actividad y un gran desarrollo en todos los aspectos de la vida cultural.

En este capítulo se describirá la vida social, económica y cultural del Imperio de China en el siglo XVIII.

La vida social en el Imperio de China en el siglo XVIII se caracterizó por una gran estabilidad y un gran desarrollo en todos los aspectos de la vida social.

CAPITULO IV

UN PERSONAJE ENVUELTO EN UN MISTERIO FÁCIL DE ADIVINAR
SI SE MEDITA UN POCO

Entraba en la tienda de don Serafin todas las tardes, despues de la siesta, y se sentaba de la parte de afuera del mostrador, un sugeto que era antiguo amigo del comerciante.

Pero un amigo que no habia pasado de la tienda.

Era jóven y buen mozo.

Tenia un tipo muy acentuado.

Un tipo verdaderamente levantisco.

Estos hombres no eran ni son raros en Cartagena.

Pero tenia en los rasgos de su fisonomía, en lo recto de su nariz, en la espresion de sus ojos rasgados y negros de una fijeza extraordinaria, y de mirada intensa, algo que no podia soportarse, sino porque estaba lleno de gracia, algo que no podia explicarse y que acusaba en él un origen extranjero.

II

Sin embargo, este jóven, que no pasaba al parecer de los veintiseis años, hablaba perfectamente el castellano, sin resabio de ningun género en la pronunciacion, y se llamaba Pedro Lopez, apellido que no podia ser mas castizo.

Como mas se le conocia en Cartagena era como corredor de géneros de Oriente.

Esto es, de perfumería, de pieles, de marfil, etc.

Tenia almacenes, y como ya hemos dicho, parecia ser rico.

III

Este individuo habia aparecido dos años antes en Cartagena, trayendo un pasaporte de Esmirna.

Decia ser natural de Algeciras, ser hidalgo y haber tenido por padres á Juan Lopez de Villaviciosa y á Doña Genoveva de San Lucas.

A nadie importaba esto nada.

Pero como se habia establecido en grande teniendo almacenes por mayor de ricos géneros orientales, la policía, que ya la habia en aquel tiempo, necesitó saber quién era este personaje.

Resultó en efecto que Juan Lopez de Villaviciosa, rico propietario arruinado por sus locos gastos, habia salido de Algeciras un dia en un barco mercante con direccion á Manila, donde decia tener parientes, llevando consigo á doña María de San Lúcas y á un hijo pequeño llamado Pedro.

No se habia vuelto á saber ni del barco ni de los dos cónyuges, ni de su hijo.

La partida de bautismo convenia con la edad que Pedro Lopez se atribuia y nada habia que decir.

IV

Por otra parte, Pedro Lopez contaba maravillosas aventuras que habian acontecido á su padre,

los sucesos que le acaecieron, sus amores con la hija de un mandarin, por supuesto despues de muerta su madre, que se habia asfixiado de calor al pasar el mar Rojo, y de como la hija del Mandarin, que se llamaba Kolizinka, habia llevado á su padre á una negra selva poblada de leones, donde combatiendo, á fuerza de valor y ayudado por los encantos de Kolizinka, que era hechicera, habia matado á un sinnúmero de estas feroces bestias, y habia llegado á encontrar un tesoro tal como no habia memoria le hubiese poseido nunca un Nabab de ningun tiempo.

V

Pero habia acontecido la desgracia de que al pasar los mares de la China, para venir á Europa,

el buque en que navegaba y donde venian aquellos tesoros adquiridos á fuerza de tanto valor y de tantos encantamientos, naufragó, sin que se salvase ninguna otra persona mas que su padre, que le llevó á él sobre sus espaldas nadando mas de dos dias, hasta que un navio inglés los vió y los recogió á bordo.

VI

— Pero siendo Kolizinka, decian algunos, un cualquiera que la daba de advertido, tan hechicera, no encontró en sus hechicerias un medio para salvar sus tesoros, y sobre todo, para salvarse ella ?

— Os diré, contestaba con el mayor aplomo Pe-

dro Lopez: Kolizinka no era hechicera sino en el cuarto creciente de la luna, y cuando sobrevino aquella fuerte tempestad que causó nuestra segunda ruina, la luna estaba en cuarto menguante.

Con esta salvedad se daba por satisfecho el crítico y Pedro Lopez seguia narrando las maravillosas aventuras de su padre, y mintiendo, para ponderar, lo inmenso del tesoro hundido en los abismos del Océano.

— Figuraos, señores lo que seria ello: mi padre traia mas de cinco fanegas de diamantes de los cuales no salvó mas que dos que llevaba cosidos en los botones de la pretina: pues bien, cuando sufrimos nuestra tercera ruina, que fue (y contó otra tercera historia en que figuraba una nieta del Sultan de Pérsia enamorada de su padre), nos vimos obligados á vender para poder almorzar despues de tres dias de abstinencia los dos botones consabidos: ¿cuánto creereis que nos

dió por ellos un judío holandés siendo judío y todo ?

Uno decia mil ducados.

Pedro Lopez se sonria sutilmente.

Otro se atrevia á decir doce mil.

Se repetia la sonrisa.

Veinte mil, decia un tercero.

Sonreia de nuevo Pedro Lopez.

Y no habia quien se atreviese á decir mas como si por decirlo hubiera habido necesidad de pagarlo.

Entonces Pedro Lopez decia triunfante y ahuecando mucho la voz :

— Pues el tal judío holandés nos dió medio cuento de florines.

— ¿Y todo eso para almorzar ? observó un curioso.

— Señor mio, contestó siempre con su inalterable aplomo Pedro Lopez, si no hubiéramos tenido tal necesidad de almorzar, mi padre no hubiera vendido los diamantes, que era lo único que poseíamos, con lo cual se podia sacar para mas de un almuerzo.

El chusco se daba por satisfecho.

VII

Despues de las aventuras de Juan Lopez, venian las propias aventuras de Pedro Lopez.

Él habia corrido el mundo entero, él habia gozado del amor de reinas y princesas, él habia sido señor y esclavo, ello en fin era un cuento en seis ú ocho largas partes de aventuras estraordinarias

y nunca oídas, que entretuvieron á los oyentes que no se paraban en saber si eran ciertas ó no.

La cuestion era que entretenian.

Y el vulgo conque le entretengan se contenta.

— ¿Pero cuándo os han sucedido todas esas cosas, decia alguno, si sois todavía un muchacho, y en vuestras aventuras hay bastante para una vida de tres siglos?

— Es que yo he vivido en cada un dia diez años, tan de prisa han sido mis sucesos.

Habia que darse por convencidos.

En fin, para los simples pasaba Pedro Lopez por una cosa extraordinaria ; para los listos por un hombre de buen humor, y para la justicia, ó como si dijéramos para la policía, por un honrado mercader que cumplia muy bien con sus obligaciones y que era muy buen cristiano.

VIII

De tiempo en tiempo hacia Pedro Lopez por la mar un viaje de dos meses.

Nada tenia esto de extraño porque iba á los puertos de Levante á proveerse de ricas mercancías que traia consigo.

Habia quien decia que sus almacenes no eran suyos, sino de una compañía extranjera que se servia de él como de un agente.

Pero esto importaba muy poco.

Por último, don Serafin le recibia en su tienda y le profesaba una buena amistad porque el jóven Pedro Lopez le divertia mucho, pero no le

habia internado en su casa porque era algo licencioso y picante en la conversacion.

IX

Un dia, mejor dicho, una tarde, Clara, al atravesar la tienda para ir al jubileo con doña Mónica y sus tres hijas, vió á Pedro Lopez y se puso pálida de una manera notable.

Pedro Lopez la vió tambien y pasó por sus ojos una espresion de asombro.

Pero estas dos conmociones pasaron muy pronto de los semblantes de entrambos jóvenes.

Nadie observó esto.

Al dia siguiente Pedro Lopez no fue á la tienda.

— ¿Estará enfermo? preguntó don Serafin

cuando hubo pasado la hora habitual de la llegada de nuestro hombre.

Al día siguiente tampoco se presentó.

— Está enfermo á la fuerza, dijo don Serafin.

Y envió un dependiente á informarse.

El señor Pedro Lopez habia salido de repente á un viaje y no habia tenido tiempo de despedirse.

El almacén habia quedado confiado, como siempre que se ausentaba Pedro Lopez, al dependiente principal.

— Ya decia yo, exclamó el bonachón de don Serafin.

Y se quedó satisfecho

Pero incómodo porque le faltaba su conversacion cotidiana.



Un día Clara dijo al muchacho de recados.

— Te daré para dos bollos, si llevas una carta mia á donde yo te diga sin que lo sepa nadie.

— Treinta llevaré yo, señora mia, dijo el muchacho, que ya sé yo de esos mensajes, porque la señorita mayor tuvo un novio y yo traía y llevaba las cartas y no lo supo nadie.

— Tú habrás ido alguna vez á casa de un señor á quien conoce tu amo.

— ¿Y qué señor es ese?

— Un señor moreno, con los cabellos y los ojos negros, con la nariz larga y derecha que tiene un lunar en la mejilla.

— ¡Bah! ¡ pues si ese ha sido el novio de la señorita mayor !

— ¿ Y cómo se llama ?

— El señor Pedro Lopez.

— ¿ Y qué es ?

— Dueño de un muy rico almacén de perfumes y de pieles y de muchas cosas muy buenas que van para Madrid y que cuestan muy caras.

— Bien, te voy á dar luego una carta para el señor Pedro Lopez.

— No está en Cartagena.

— No importa, déjala al que haya quedado en su almacén que él se la enviará.

XI

La carta fue llevada.

Era muy breve y decia así:

« Parece que ahora te llamas Pedro Lopez, tanto da ; es muy difícil saber cual es tu propio nombre, pero no me hace falta para nada : tú has huido cuando me has reconocido, porque has temido que diga quien eres, y la justicia se apodere de tí y te ahorquen ; no temas, yo te amo, yo no he podido olvidarte y estoy dispuesta á huir contigo cuando haya vendido mi hacienda ; eso lo está tratando ahora el bueno de don Serafin. Contéstame y dime cómo puedo contar contigo. — Samsulyemal. »

XII

Esta carta tuvo contestacion á los tres dias.

« Samsulyemal, decia, ó mas bien Clara, porque este era y es tu nombre : he recibido tu carta : si es cierto que me amas seré el hombre mas feliz de la tierra : busco un medio para que podamos hablar de nuevo y largamente ; el huerto de la casa de ese pobre diablo de don Serafin tiene una reja que da á una callejuela ; por esa reja podremos hablar, pero te advierto que si te has propuesto venderme, tengo tomadas mis medidas para que tu traicion sea inútil, y mi venganza caerá sobre tí. — Pedro Lopez. »

XIII

« Enviame un poco de hatchis dentro de tu carta. »

Hé aquí la contestacion de Clara.

Pedro Lopez envió aquella opiata en polvo á Clara dentro de una carta llena de esas mas encendidas frases de amor.

— Este maldito será mi esclavo, dijo Clara, es feroz y terrible como un lobo.

Y guardó el hatchis.

XIV

Don Serafin entretanto, que habia hecho reconocer á Clara como una doncella natural de Almuñecar, cautivada por los piratas argelinos y salvada por el capitan Francisco Estévan, se ocupaba en vender los bienes de la jóven que habia sido habilitada como mayor de edad, aunque aun no tenia veinte años.

Clara habia declarado que no queria vivir en Almuñecar, que la daba horror porque la recordaba sus desgracias; que no queria pesar sobre don Serafin, y que estaba resuelta á vivir de una manera independiente, autorizada de una respetable dueña que don Serafin la buscaria.

El buen mercader se convino de buen grado, porque aunque doña Clara era honrada y buena tenia el carácter violento.

Habia gastado algun dinero á calidad de reintegro y habia logrado se habilitase como mayor de edad á Doña Clara, puesto que solo la faltaba un año para llegar á ella como huérfana.

No queria echar sobre sí la administracion de los bienes de Clara, que eran cuantiosos ; no le parecia prudente que un extraño, que no sabia lo que poseia, se los administrase en calidad de tutor.

Podia ser muy bien que Clara derrochase sus bienes, pero decia:

— Si no los derrocha ahora podrá derrocharlos dentro de un año; yo no puedo hacer otra cosa que darla buenos consejos.

Y don Serafin activaba cuanto podia, por medio

de un apoderado de confianza que habia mandado á Almuñecar, los asuntos de Clara.

Esta no habia vuelto ni aun á nombrar á Francisco Estévan.

Parecia que le habia olvidado.

Don Serafin no hablaba delante de ella del joven por prudencia y por no renovar la sus heridas.

XV

Si Clara hubiera esperado tres meses hubiera podido entenderse con Pedro Lopez sin necesidad del hatchis.

Pero la hervia en el corazon el fuego de la venganza, y la rabia del amor desesperado.

Pedro Lopez recibió al fin la carta siguiente:

« Tu hatchis es admirable : lo he probado con las dos hijas mayores de don Serafin.

A noche las di unos confites en que habia puesto un poco del hatchis.

Se durmieron profundamente de tal manera que pude moverlas sucesivamente de una manera mas fuerte sin que despertaran.

Esta mañana me han dicho las inocentes que han tenido sueños deliciosos.

Que han visto los ángeles, y el Niño Jesús, y la Virgen, y San José.

Han soñado en fin lo que han deseado.

Son muy buenas.

En otro tiempo, no hace mucho, yo deseaba lo mismo que desean ellas.

Ahora...

El amor me abrasa el alma.

En el aposento donde duermo hay una ventana á muy poca altura sobre el huerto, de la que se puede bajar y á la que se puede subir con facilidad.

Las noches son muy oscuras.

Esta noche volveré á dar confites á mis buenas compañeras.

Ven á las doce.

Yo estaré ya en la reja del huerto. — Clara. »

Una llamarada de pasión insensata abrasó el alma de aquel misterioso personaje, á quien llamaban Pedro Lopez.

Nuestros lectores tal vez habrán adivinado lo que este hombre era.

Pero nosotros no se lo diremos aun, porque sería lastimar el interés de nuestro relato.

CAPITULO V

LO QUE ES CAPAZ DE EMPRENDER UNA MUJER POR LA VENGANZA
DE SU AMOR

Era la noche densamente oscura.

La noche aquella en que Clara había citado á
Pedro Lopez por la reja del huerto.

Las doce acababan de sonar en el reló de la catedral.

En aquel momento, cuatro hombres aparecieron en el extremo de una estrechísima callejuela que estaba muy cerca del mar, porque se oía el ruidoso estruendo de este que estaba fuertemente picado.

Este ruido no provenia del puerto sino del exterior.

El puerto de Cartagena está tan abrigado que nunca se agita.

Le encajonan montañas.

Por cima de estas montañas, sin embargo, saltaba el fragor del oleaje y llegaba hasta la ciudad.

II

— Esperad dos aquí, dijo uno de los hombres, y el otro que vaya á situarse al otro lado de la callejuela.

En cuanto me oigais silbar, á mí.

Se oyeron los sordos pasos de un hombre que se alejaba.

El que habia hablado adelantó entre la oscuridad, y por el tacto llegó á una reja que habia en la parte media de la callejuela en una tapia.

Tocó á las maderas.

Al momento aquellas se abrieron.

— Eres tú, dijo la voz de Clara.

— Sí, yo soy. ¿Duermen tus jóvenes amigas?

— Como los siete durmientes.

— ¡Qué hermosa es Serafina!

— Ya sé que la amas.

— Dí que la he amado.

— ¿Y ahora?

— Te amo á tí.

— Olvídate de eso.

— ¿Cómo?

— Sí, algo habia que decirte para traerte.

— Yo temia que me denunciases.

— ¿No sabias tú que yo te necesitaba para instrumento?

— ¿Para instrumento de qué?

— De una venganza.

— ¿Contra quien?

— Contra Francisco Estévan.

— Maldito sea.

— Maldito no ; ¡ yo le amo ! maldita ella que le ha enamorado.

— ¿ Quién ?

— Su esposa.

— ¿ Y quién es su esposa ?

— No lo sé.

— ¿ No lo adivináis ?

— No.

— Pues su esposa debe ser la marquesa de Salgado, una rubia admirable.

— ¿ La conoces tú ?

— ¡ Oh ! ¡ sí la conozco !

— ¿ Y cómo sabes tú ?....

— ¿ Que si se ha casado ese demonio ha sido con la marquesa de Salgado ?

— Si.

— Porque la marquesa de Salgado ha desaparecido de Cartagena la noche anterior al día en que Francisco Estévan ha matado al conde de Tres Pozos, que debía casarse con la jóven y hermosísima marquesa.

— Pero eso no pasa de ser una sospecha.

— Pues bien : quiero saber lo que se guarda á bordo del Vengador.

— Es necesario saberlo.

— ¿Y cómo?

Clara sintió que Pedro Lopez se estremecía.

— Eres un cobarde, dijo.

— Cobarde no, prudente : á ese hombre le ayuda Satanás.

— No le protegeré contra mi.

— ¿Y qué piensas hacer?

— ¿Crees que habrá bastante con mil dobro-

nes de oro para comprar una barca mas grande, mas veloz y con mas artillería que el Vengador?

— Sí; ¿pero dónde están esos mil doblones de oro? yo no los tengo, ya sabes que soy pobre.

— Judío.

— ¡ Si tú me amaras !...

— Yo no compro nunca con mi amor ni con mi vida ; yo compro con el oro : tú me conoces.

— Sí, cielo.

— Enoja mucho á una mujer oir palabras galantes en la boca de un hombre á quien no ama.

— Perdon, señora mia.

— Yo sé que puedo disponer de tí, que puedo hacerte mi esclavo.

— ¡ Oh !

— Si no pudiera hacerte mi esclavo, no podria decírtelo.

— Es verdad.

— Yo tengo ya mas de dos mil onzas de las buenas mejicanas, que me ha dado don Serafin de los bienes mios que se han vendido ya.

— ¡ Ah ! tú eres muy rica.

— Riquísima : aun hay que vender diez huertos, tierras y por lo mismo se tardará en ello tres ó cuatro meses.

— En ese tiempo se puede conquistar la Europa.

— Yo solo quiero un barco tripulado por gente buena, por negros de aquellos que venian á la huerta.

— Tendrás un barco para cuando hayas vendido tus tierras.

— ¿ Tú vendrás conmigo ?

— Iré : estoy cansado de ser esclavo; y de

esclavitud á esclavitud, prefiero la que tú me impongas, siempre será una esclavitud dulce.

— Vuelve dentro de tres horas, y te daré una parte del dinero : trae mas hatchis.

— Vendré.

— Ahora vete.

— Hubiera querido mejor que me hubieras matado que separarme de tí muerta la esperanza conque he vivido.

— Vete.

— Adios señora.

— Hasta dentro de tres noches.

Y cerró las maderas de la reja.

— ¡ Oh ! es terrible, es terrible, porque esta mujer hacia en otro tiempo y aun hace de mí lo que quiere, exclamó Pedro Lopez que estaba clavado junto á la reja : ¡ oh ! es un arcángel de luz con algo de arcángel de tinieblas : el perfume que se exhala de ella me embriaga.

Pedro Lopez suspiró.

— ¡ Y ama á ese terrible Francisco Estévan, al invencible, y quiere vengarse ! ¡ Oh ! ¡ oh ! si Francisco Estévan supiese... sí, sí, puede ser que algun dia el secreto que poseo me sirva para defender mi cabeza... y ella está loca, loca por él... tiene razon, hombres como Francisco Estévan han nacido para volver locas de amor á las mujeres y para que todos los hombres los respeten: bien, la serviré: no podrá vengarse... la veré á lo menos todos los dias... veré cómo se desespera... ¿ pero qué hago yo aquí ? yo tambien estoy loco.

Pedro Lopez silbó.

Inmediatamente acudieron á la carrera los hombres que le habian guardado las espaldas.

III

— ¿Qué sucede? dijo uno de ellos.

— Que nos vamos.

— ¿Y nada mas?

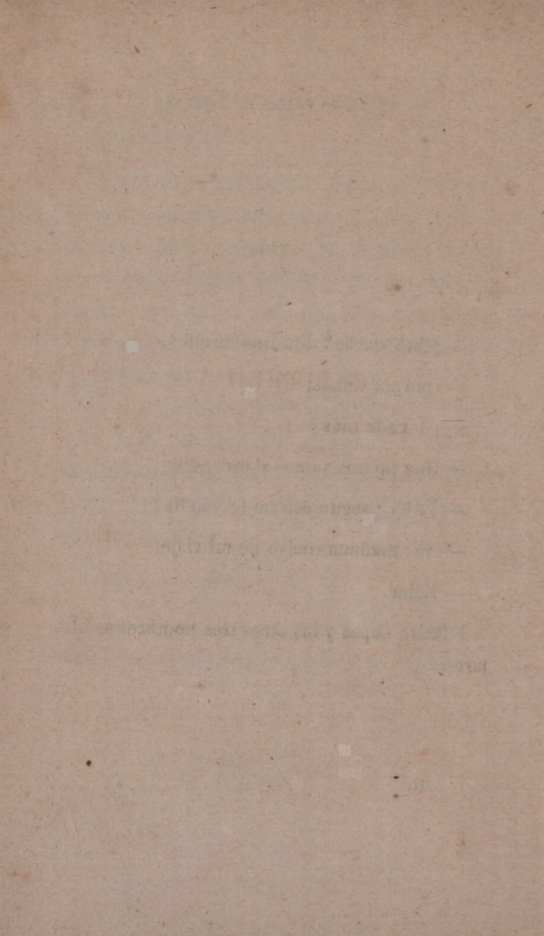
— Que no nos vamos al escondite.

— ¡ Ah ! ¿ segun eso no te vendia ?

— No : mañana vuelvo de mi viaje.

— Mejor.

Y Pedro Lopez y los otros tres hombres se alejaron.



CAPITULO VI

EN QUE SE CONOCE UN NUEVO BUEN CORSARIO Y SE TIENEN
ALGUNAS NOTICIAS DE FRANCISCO ESTÉVAN

Habian pasado tres meses.

Era la primavera.

Reia el cielo, reia el mar.

Las faldas de los montes que coronan el puerto de Cartagena, estaban cubiertas de vida y de verdor.

Las hermosas cartagenesas se paseaban aun sobre los muelles bajo las espesuras frondosas de los árboles.

Los puestos de agua, de dulces, de licores, de refrescos de todas especies, se veían á cada paso.

Y alrededor de cada puesto, una tertulia, como se decía entonces.

II

Era la tarde de un domingo, por cierto á la hora de cerrarse el puerto.

Alrededor de uno de los puestos de agua, servido por una admirable moza de veinticuatro años, estaba sentado don Serafin con toda su familia, esto es, con su mujer, sus tres hijas, sus dependientes y Clara que ya no formaba parte de la familia de don Serafin.

Se habian vendido todos sus bienes, habia recibido seis millones en onzas de oro, que don Serafin la habia aconsejado empleara en buenas tierras cerca de la ciudad, y en algunos barcos de cabotaje, que la daria muy buena ganancia.

Clara no se habia decidido aun.

Unicamente habia comprado una gran casa de placer con un hermoso huerto cercana á la del mercader, con la cual por el huerto estaba en comunicacion.

A Clara la acompañaba una dueña vieja, una de estas señoras viudas de un militar de graduacion, que han venido á menos con la muerte de su marido, que no las basta la pension y que tie-

nen que buscar un decente acomodo, ó lo que es lo mismo, una servidumbre disfrazada.

La dueña de Clara parecia una leona.

Y se llamaba como por autonomasia, doña Angeles.

III

Pedro Lopez habia sido admitido en aquella tertulia al aire libre, bajo un árbol, en torno de un pintoresco puesto de agua de nieve, cubierto de vasos y de flores, á la vista del estenso y magnífico puerto, teniendo delante un bosque de mastiles en que flotaban banderas de todos los paises, sobre un paseo lleno de damas y galanes.

Pero se le habia prohibido espresamente por don Serafin contar nada picante.

Por consecuencia, Pedro Lopez contaba sus aventuras, pero no se trataba entonces de amor, sino de una excursion en el reino de Mesopotamia, en que habian acontecido á Pedro Lopez cosas extraordinarias.

Las niñas escuchaban con la boca abierta á Pedro Lopez.

Serafina le lanzaba de tiempo en tiempo á hurtadillas una mirada furtiva, y como avergonzado de su atrevimiento, se ponía vivamente encendida.

Clara estaba silenciosa, concentrada y como impaciente.

Los mancebos del almacén otorgaban, como siempre, una gran atención á Pedro Lopez y le admiraban; doña Mónica se dormía, don Serafín tomaba deliciosamente un vaso de agua de limón frío á nieve con un azúcarillo, y doña Angeles sorbía un polvo con mucha más frecuencia que la

que convenia al estado de reblandecimiento de su cerebro.

Cuando hé aquí, que en los fuertes de la entrada del puerto, resonó un formidable estampido á que contestó otro no menos formidable.

De piezas de á treinta y seis.

Entraba, pues, un buque de guerra.

Toda la gente que paseaba, se agrupó á los muelles para ver entrar al buque.

Clara se puso violentamente de pie y se la escapó esta frase :

— ¡ Ah ! ¡ por fin, ya era tiempo !

— Sí, dijo don Serafin levantándose tambien con su vaso de limonada en la mano : ya era hora de que viéramos en Cartagena un barco de Rey, y quién sabe, quién sabe si será el Vengador.

— El Vengador, no, dijo secamente Clara, él no se atreverá á venir.

— Puede haber sabido por algun barco que no se le persigue.

— No, dijo secamente Clara : él está por las costas de Africa, y por allí no se atreve á llegar ningun barco cristiano.

— ¿ Cómo sabeis vos eso ? preguntó con estrañeza don Serafin.

— Lo supongo.

— Yo lo supongo tambien, pero para los piratas perseguidos no hay sitios señalados, á no ser que haya perecido.

— No, repitió Clara.

— Lo suponeis.

— A Francisco Estévan no le vencen los hombres y le respetan las tempestades : solo yo...

— ¡Cómo ! ¡ cómo ! ¿aun os acordais de eso, doña Clara ?

— No lo olvido nunca : pero no buscaré venganza : le he perdonado ya.

— Eso debe hacer un buen corazon y una buena cristiana. ¡ Qué diablo ! yo creo que si él hubiera sabido...

— No hablemos mas de eso, don Serafin, mirad, mirad, qué hermoso barco entra haciendo salva.

— Es un bergantin goleta, dijo el comerciante, pero tan grande, que á no ser por la jarcia y porque no tiene mas que un puente, se le podia tomar por fragata... con siete cañones por banda, dos miras á proa y una colisa á popa... y no es de guerra

— Es corsario, dijo Pedro Lopez.

— ¿Si será Francisco Estévan que habrá mejorado su barco? dijo don Serafin.

— ¡ Ah! con que creéis que este barco es mejor que el de Francisco Estévan, preguntó con un vivo interés Clara.

— Ello está á la vista, señora mia, dijo precipitadamente Pedro Lopez anticipándose á la respuesta del mercader.

— Ya lo creo que á la vista está: es mas velero que el Vengador y de mas porte, y luego está completamente pintado de negro... ¡ ah! no, no es de Francisco Estévan, tiene la bandera francesa, es un corsario francés.

— ¿Quereis que vayamos á verlo desde cerca? dijo Clara.

— Somos muchos, dijo don Serafin, y luego mis chicas, parece mentira, pero se marean las invéciles en cuanto ponen el pie en una lancha:

pero id, id vos con el señor Pedro Lopez, doña Clara; es un buen muchacho.

—¿Quereis ser mi caballero, amigo mio? dijo Clara con el acento con que una jóven honesta habla á un hombre jóven á quien conoce muy poco.

—Ah, señora; dijo Pedro Lopez, yo estoy completamente á vuestros pies para serviros.

—¿Quereis vos venir, doña Angeles, dijo Clara á su dueña, ó mejor dicho, á su señora de compañía.

—Ah, no, no; perdonad doña Clara: contestó aquella especie de hombre con faldas: á mi me dan vahidos en cuanto entro en el agua.

V

Pedro Lopez ofreció su brazo á Clara, que le tomó, y se encaminaron al muelle, en el que encontraron agolpado un numeroso gentío.

No encontraron ninguna lancha.

Se habia anticipado mucha gente, y estaban tomadas todas.

— Mejor, dijo Clara; así iremos en la nuestra.

— Acaban de fondear y ya nos han visto, dijo Pedro Lopez; ó mejor dicho, me han visto á mí, porque el capitan Lagrange no os conoce.

— ¿No tiene el buque que llenar ninguna formalidad?

—Ya las ha llenado todas antes de entrar en el puerto : mirad : largan la chalupa : antes de diez minutos estarán aquí : saltan los marineros, salta el capitan, reman... ¡ah! estoy enamorada de la compra. ¡ Veinticinco mil duros mejor gastados !

VI

La chalupa llegó al fin al muelle, y un marino como de treinta y seis años, alto, buen mozo, de tipo meridional, con la mirada penetrante, de expresion inmóvil é incontrastable salvo sus grandes ojos, salvo la graderia del muelle mostrando las insignias de teniente de fragata francesa.

Pedro Lopez le salió al encuentro.

— Caballero, le dijo en buen francés, perdonad; espero de vuestra galanteria os presteis á hacer un favor á una dama.

— ¡ Oh ! indudablemente, dijo el capitan, saludando con una cortesania perfecta á Clara y mirándola con asombro.

— Esta señora, desea visitar vuestro barco.

— Ese deseo me alhaga sobremanera, dijo el capitan, y siento no ir al timon, porque voy á saludar al capitan del puerto, esto es imprescindible; pero confio en que encontraré en el barco á esta señora cuando vuelva.

— ¡ Oh ! ¡ sí ! contestó vivamente Clara.

El marino dijo algunas rápidas palabras en frances á los marineros.

Estos eran negros como el buque, negros como la noche, singularidad que habia llamado mucho la atencion.

—Podeis pasar cuando gusteis, señora, dijo el capitan.

—Gracias, dijo Clara.

Y saludando al galante marino, bajó las gradas del muelle asida del brazo de Pedro Lopez.

Debemos advertir, que las palabras que habia dirigido el capitan del corsario á Clara, las habia hablado en un español tan puro, como el que podia haber usado el mas castizo habitante del centro de Castilla.

VII

Clara y Pedro Lopez entraron en la chalupa.

El equipaje remó vigorosamente.

En diez minutos llegaron al costado del barco.

—Quiero verlo primero por el exterior, dijo Clara.

Pedro Lopez transmitió á los negros una orden en un lenguaje extranjero, áspero y gutural.

La chalupa dió una vuelta alrededor del barco y á alguna distancia.

Al pasar por debajo del espejo de popa, Clara leyó este nombre en letras de oro :

« LA DESESPERADA. »

VIII

Este nombre habia causado una gran estrañeza á todos los curiosos que habian ido en lanchas á ver de cerca el barco.

— ¡ La Desesperada ! decia : valiente nombre para un barco pirata.

— ¿ Quién sabe si ese nombre guardará debajo una historia ?

— ¿ O si será un capricho ?

— Yo no sé por qué ha de ponerse un nombre tan triste á una cosa tan hermosa.

— Eso es fanfarronada : eso quiere decir que se bate como una desesperada.

— No, no es eso.

— ¡ Quién sabe !

Estas y otras aclaraciones semejantes oia doña Clara al pasar por entre las otras lanchas.

Alguna vez oia decir muy cerca.

— ¡ Vaya una moza !

Y se irritaba.

Todos, todos la codiciaban menos él.

Esto sucede con mucha frecuencia respecto á las mujeres hermosas.

Que hacen pagar á sus adoradores con su desprecio, la desesperacion á que las sentencia un ingrato.

De improviso oyó una voz que dijo :

—¿ Si será esa que vá en la chalupa del barco la desesperada ?

Y se estremeció.

Miró al lugar de donde habia partido la voz, y nada vió.

La lancha, desde la cual se habian pronunciado aquellas palabras, habia pasado ya.

IX

Al acercarse la chalupa al costado derecho del barco, dejaron caer desde el puente un precioso silloncito.

Parecia que lo habian prevenido.

Era de mucho mas lujo que los que solian llevar otros barcos.

Dorado y con forro de terciopelo azul.

—No hay como ser buena moza, dijo desde una lancha inmediata, uno de los muchos que habian solicitado en vano entrar á bordo.

—Sí, sí; esa es la desesperada, dijo la misma voz que habia pronunciado aquella palabra la primera vez.

Clara miró.

Entonces sorprendió al burlon.

Era un viejo que parecia muy calavera.

Pero Clara no le conocia.

Era, en una palabra, el marqués de Castro Ponce, que conocia demasiado á Clara.

¿Cómo?

Lo sabremos mas adelante.

Lo único que podemos decir, es que Clara cobró una antipatía horrible al marqués, una antipatía violenta, una especie de horror, como si el marqués la hubiera hecho mal de ojo.

X

El interior de « La Desesperada, » era magnífico.

No se habia perdonado gasto.

A todas luces acababa de salir del astillero.

El equipaje era completamente de negros atléticos.

Clara bajó al entrepuente y reconoció las baterías con cierta delicia terrible.

— ¿Son superiores estos cañones á los del Vengador? preguntó á Pedro Lopez.

— Sí, porque son de mas alcance.

— De modo que...

—No sé, hermosa señora, no sé... Francisco Estévan es terrible.

—Pero dicen que vale mas la astucia que la fuerza.

— ¡ Ah! una traicion...

— ¿ Y qué me importa? lo que yo quiero es apoderarme de esa mujer.

—Pero no es tan fácil una traicion, tratándose de Francisco Estéban.

— ¿ Quién sabe?

— Es verdad, él no puede adivinar que vos...

—Él no desconfiará, si nosotros nos mostramos sus amigos.

— No.

— Él no podrá creer que yo voy dentro de un barco semejante.

— No os recordará.

— ¡ Ah ! ¡ me desprecia ! pues bien, veremos si dentro de algun tiempo me desprecia aun.

— ¿ No quereis subir á la cámara ? es decir, á vuestra cámara, porque hay dos.

— Sí, sí, subamos.

— Es preciosa : un pequeñito palacio, con un camarote muy capaz para dormir y un tocador.

— ¡ Gracias !

— ¡ Ah ! con veinticinco mil pesos fuertes y una buena voluntad se puede hacer mucho : ademas, ¿ de qué habia de haberme servido á mí mis largos viajes por todas partes, especialmente por Mesopotamia, continuó diciendo Pedro Lopez, si no hubiera adquirido un excelente gusto ?

XI

La cámara contentó escesivamente á Clara.

Aun no habia acabado de verla cuando se presentó el capitan Lagrange.

— ¿Sabeis algo del corsario ? dijo.

— Sí, sí señora : ayer estaba tranquilamente anclado en el puerto de Túnez y Francisco Estévan se paseaba en el puerto de Túnez con su mujer, lo mismo que hubiera paseado por el muelle de Cartagena.

— ¡ Ah ! exclamó Clara que recibia por la primera vez una noticia de Francisco Estévan : noticia que era la que le habia hecho esperar con tanta ánsia la llegada del barco durante algunos dias.

— Aquella gente, continuó el capitán, está aterrada, y si Francisco Estévan quisiera destruir al Bey, lo conseguiría ; pero según me dijo no ha logrado encontrar á Cide-Benabarre ; este se le escurre de entre las manos ; pero le ha quemado ya su palacio de la playa de Túnez y ha pasado á cuchillo algunos de sus esclavos.

— Francisco Estévan acabará por agarrar á Benabarre preso.

— Eso me decía ayer por la tarde : ó el Bey me entrega á ese miserable, ya que no puedo cogerle porque huye de mí, ó al Bey le ha de pesar.

— ¿ Y sabe ese corsario que puede cuando quiera volver á España sin peligro ?

— No, porque me dijo : es muy doloroso estar lejos del suelo de la patria y no poder volver á ella, si no fuese por eso yo sería muy feliz.

— Pasado mañana, dijo Clara cortando bruscamente la conversacion, partimos, señor capi-

lan : yo vendré al amanecer disfrazada ; mañana se enviará mi equipaje.

—Muy bien, señora, todo estará dispuesto ; ¿no quereis refrescar?

— No, gracias : volvámonos á Cartagena, Pedro.

Un cuarto de hora despues estaban en el muelle al lado de don Serafin y de su familia.

—¿ Y qué tal ? dijo el mercader : ¿Mejor que el Vengador?

— Pues ya lo creo, con tercio y quinto, dijo Pedro Lopez.

— Pues la verdad es, dijo don Serafin, que al barco le hace el capitan : ha de ir en una cáscara de nuez Francisco Estévan, y aquella cáscara será un navío de tres puentes.

— ¡ Oh ! sí, dijo Clara, por abreviar una conversacion que la mortificaba : pero estoy cansada,

don Serafin, me he mareado algo y me voy á casa.

— Nos vamos todos, dijo don Serafin.

Y se pusieron en marcha.

Poco despues se despedian, y cada cuál entraba en su casa.

Pedro Lopez tiró para la suya murmurando:

— ¡ Oh ! cada dia estoy mas loco por ella.

XII

En aquel momento le tocaron por detrás en el hombro.

Se volvió bruscamente y vió delante de sí á un criado del marqués de Castro Ponce.

— ¡ Ah! exclamó con disgusto.

— Seguidme, amigo mio, dijo con insolencia el criado como quien habla con un inferior; seguidme de órden de su Escelencia.

Pedro Lopez obedeció.

Siguió al criado y este le introdujo por un postigo del jardin y sin ser visto de nadie en la casa del marqués.

XII

Estaba este en una sala baja.

— ¿ Cuándo os hareis á la vela? preguntó á Pedro Lopez.

— Pasado mañana al amanecer, contestó este.

— ¿ Ha habido noticias de ese canalla?

El marqués se referia á Francisco Estévan.

— Sí ; está en el puerto de Túnez, no solo respetado, sino temido.

— Y el cobarde Mohamed consiente...

— El capitan Estévan le ha ahorcado yá mas de doscientos corsarios ; le ha incendiado mas de cincuenta alquerías en la costa, no puede resistirle y ha transigido con él.

— ¿ Y ella ?

— Feliz.

— Es necesario que esa felicidad concluya.

— Quien sabe si habrá concluido mañana.

— ¿ Sabes que me siento rejuvenecido ?

— Yo me alegro.

— ¿ Y sabes que se me ha ocurrido casarme ?

— Ya, con Claudia.

— Si, pero es necesario obligarla.

— Si cae en nuestro poder Francisco Estévan...

— Por fuerza de armas no caerá nunca : pero ya te he dicho lo que tienes que hacer.

— Se hará.

— Cuando esté hecho haces con Claudia lo que Francisco Estévan hizo con Pardales : la metes en una caja y me la envias.

— Muy bien, señor.

— Vete y ten en cuenta que te espero impaciente ; siempre me has servido bien y espero que seguirás sirviéndome.

— ¡ Oh ! sí señor ; quede con Dios vuecencia, hasta muy pronto.

Pedro Lopez salió murmurando.

— Me parece que te ha llegado tu vez, marqués de Castro Ponce : ¡ que te envíe en una caja á Claudia ! ¡ Oh ! ¡ oh !

CAPITULO VII

DE COMO ERA EN TÚNEZ MAS SEÑOR QUE EL BEY FRANCISCO
ESTÉVAN



I

Estamos en el magnífico alcázar del Bey de
Túnez, Cide-Mohamed-ben-Ali.

Es de noche.

II.

Una lámpara de alabastro alumbra un magnífico retrete.

Un hombre de la fisonomía puramente berebere, con larga barba gris, con los ojos hundidos y verdes, con los tonos rojos de los ojos del tigre, ceñida por una blanquísima toca la cabeza y cubierto con un caftan rojo bordado de oro, está tendido en un divan...

Junto á él, sentada en la alfombra, está una hermosísima esclava medio desnuda que deshoja las rosas de un ramillete que exhalan al ser deshojadas su delicioso perfume.

Por una galería de columnas de jaspe, abierta sobre un jardín, penetra la dulce luz de la luna que brilla en la parte exterior en un inmenso estanque.

Debe ser tarde.

La luna está alta.

Reina en torno un silencio profundo.

II

El Bey fuma indolentemente tabaco aromático en una larga pipa de ambar guarnecida de oro y pedrerías.

Con la mano que le deja libre la pipa, halaga la hermosísima cabeza de la esclava que es casi una niña.

III

Sonó de improviso, fuera, un largo silbido.

El Bey plegó el ancho y cano entrecejo, y dijo á la esclava.

— Vete, Zéphirah, hija mia.

La niña se levantó. presentó su frente al Bey y este la besó suspirando.

Luego desnudó su puñal, y con la punta tocó un escudo dorado que estaba suspendido del muro al alcance de su mano.

Se oyó instantáneamente una poderosa vibración metálica que se estendió hasta muy lejos.

Poco despues se oyeron sordos pasos.

Recortó una sombra la luz de la luna y un hombre completamente vestido á la usanza árabe y armado hasta los dientes, vino á prosternarse á los piés del Bey.

IV

— Poderoso Señor, dijo : ahí está...

El Bey no le dejó continuar.

— El perro cristiano, ¿no es cierto? exclamó con cólera.

— Sí Señor.

— ¿Quién le acompaña?

— Viene solo.

— Es verdad, dijo acreciendo en cólera el Bey, le he jurado por la barba del Profeta y por los ojos de su madre, y por mi vida, y por la de mi hija Zéphirah, respetar la suya : que entre ese maldito rumí.

V

Poco despues Francisco Estévan, con un bello uniforme de la marina real, y admirablemente peinado, y fuertemente hermoso y gentil, entraba en el retrete donde le esperaba el Bey muellemente tendido en el divan.

Se habia dominado y aparecia completamente indiferente.

Francisco Estévan adelantó con la misma tranquilidad que si hubiese entrado en su casa.

Como si no le hubiesen rodeado los muros y los feroces esclavos armados de la Kasbá de su poderoso enemigo.

Las pupilas del africano dejaron ver una osci-

lacion nerviosa, producto de la cólera que le causaba el inalterable valor de Francisco Estévan.

VI

— Dios te guardè, emir : dijo este quitándose por única demostracion de respeto su sombrero de tres candiles, que inmediatamente volvió á ponérselo.

— Dios te guarde capitan, dijo el Bey : siéntate á la par mia y estad tranquilo.

— ¿Quién de los dos necesita tranquilidad? dijo el indómito Francisco Estévan.

— ¡Cómo ! crees...

— Te siento temblar de cólera.

— ¡Fuego de Dios! exclamó incorporándose vivamente el Bey : me has humillado.

— El que tiene esclavos por soldados, tiene un ejército de mugeres.

— Dices bien : los míos son unos cobardes : ¡ si yo tuviese un hombre como tú !

— Dios no ha querido.

— ¿ Con qué se puede halagar tu ambicion ?

— Dándome el infame Benabarre.

— Le has ahuyentado tú.

— Búscalos.

— No quiero buscarlos.

— Pon precio á su cabeza.

— Estoy pobre.

— Ofrece por ella cien doblas jucefinas, dijo Francisco Estévan.

— ¡ Cien doblas jucefinas ! exclamó con avaricia aquel reyezuelo.

— Si, dijo Francisco Estévan vaciando sus bolsillos sobre la alfombra y dejando caer una lluvia de monedas de oro : hélas ahí.

— ¿Muy rico eres ?

— El lastre de mi barco es de barriles de oro arrancado de tus playas y de las de Tripoli y Argel.

— Satanás pelea contigo.

— No, pelea Dios, el Dios de los cristianos que es invencible.

VII

Palideció de una cólera mortal Cide-Mohamed-ben-Ali, pero no se atrevió á replicar.

— Pregonaré la cabeza de Cide-Aliatar-Benabarre, dijo.

— La codicia de tus esclavos me la entregarán.

— Es para tí una gloria que te huya un tigre tal como Cide-Aliatar-Benabarre.

— ¡Vah! dijo Francisco Estévan, encogiéndose de hombros con desprecio.

— Me han dicho, exclamó el emir con acento de asombro, que andas huido de tu tierra.

— Sí; he matado á dos miserables.

— Tu Señor es un tirano.

— Es justo.

— Nosotros no castigamos al que vence á sus enemigos.

— Vosotros no conoceis la justicia, sois fieras y no teneis mas ley que vuestra voluntad.

Volvió á temblar de cólera la barba del Bey.

— Yo te pondría, dijo, sobre mi cabeza, si te quedaras conmigo.

— Ya te he dicho que no hago traicion ni á mi Dios, ni á mi Rey, ni á mi pátria.

— No hagas traicion á tu Dios, pero á tu Rey y á tu pátria... ellos te han abandonado, ellos son ingratos.

— Yo me he dejado trasportar de la cólera, yo he infringido las leyes.

— ¿Con que no?

— ¡No!

VIII

El Bey guardó por algun tiempo silencio.

Apareció profundamente pensativo.

Indudablemente lo que pensaba, le contrariaba.

Al fin se levantó y dijo :

— Espérame aquí : pero no te impacientes, porque no estarás mucho tiempo solo.

El Bey salió por una puertecilla.

— ¡ Ah ! quiere seducirme, deslumbrarme, dijo Francisco Estévan.

A poco de la salida del Bey sonó una música deliciosa.

Un perfume fresco y agradable invadió el retrete.

Aquel perfume y aquella música, se acercaba.

De improviso se abrió una puerta cerrada que habia en el fondo del retrete.

Aquella puerta dejaba ver una magnífica galería.

Lámparas de seda, y nácar, y concha, la iluminaban blandamente.

Dos hileras de hadas, llevando de las manos braserillos con perfumes, adelantaban por la galería.

Otras tocaban instrumentos.

IX

Entraron y rodearon á Francisco Estévan mirándole con asombro.

Dos de ellas llegaron ante él, se prosternaron y le presentaron en una bandeja de oro un servicio de pequeñas tazas de café negro odorífero, humeante.

Francisco Estévan sonrió á las niñas que eran muy hermosas, y bebió una de las tazas.

Las esclavas se levantaron, y adelantó una negra, admirable, cubierta de joyas.

Su traje era de brocado.

Deslumbraba.

Esta esclava dió una larga pipa de ámbar á Francisco.

Este la tomó y fumó.

Se acostó en el divan.

— Démonos, dijo, por un momento, la vida de Sultan.

X

La música continuaba.

A la música se unió muy pronto un canto monótono, un lánguido canto de amores.

Una esclava admirable, vestida con una túnica trasparente, flotante, se lanzó al centro del retrete y empezó una danza voluptuosa.

Se balanceaba, agitaba su pandereta, la hacia redoblar sobre su cabeza y junto á sus pies.

Arrojaba miradas intensas, abrasadoras sobre la mirada un tanto impresionada de Francisco Estévan.

De repente se agitaba en un movimiento mas veloz.

Avanzaba rápidamente.

Pasaba tocando casi á Francisco Estévan como una ilusion.

Y al pasar le miraba tan de cerca que casi se tocaban sus semblantes, y le inundaba en una mirada arrebatadora, le dejaba ver una sonrisa irresistible.

Y las otras esclavas, sentadas las unas, agrupadas las otras, formando un conjunto admirable, ideal, con su media desnudez, con sus magníficos trajes, con sus deslumbrantes alhajas, cantaban y tocaban.

XI

Al fin la esclava, vacilando, vino á dar como fatigada sobre el divan y rodeó á Francisco Estévan con sus brazos.

Este la separó de sí.

La esclava se alzó irritada.

Miró con una espresion de desden á Francisco, y salió.

Francisco Estévan tocó el escudo de acero que dejó oir su metálico y vibrante son.

Inmediatamente un jigantesco esclavo negro se presentó á la puerta.

— Haz salir á esas muchachas, le dijo en buen árabe Francisco Estéban, me fatigan.

El negro hizo un movimiento de asombro.

Despues hizo una señal á las esclavas que salieron, y él mismo desapareció.

Se cerró la puerta dorada.

Todo quedó en silencio.

Al través de la galería veia Francisco un magnífico jardin y el mar brillantado por la luna.

Todo aquello era bellissimo.

Todo aquello embriagaba.

Francisco Estévan sentia que se le iba la cabeza.

XII

Pasó algun tiempo así.

Despues se oyó un leve ruido.

Como el paso furtivo de una mujer.

Luego el crugir de un amplio traje de seda y el ruido particular que producen al andar las joyas de que va recargada una mujer.

Se abrió la puerta por donde habia desaparecido el Bey, y apareció confusa, avergonzada una mujer, hemos dicho mal,

Una niña hermosísima.

En una palabra, Zéphirah, la hija mas amada del Bey.

No habia mas allá.

Era hasta donde podia llegar el triunfo de Francisco Estévan.

Este conocia á la jóven.

No era la primera vez que la jóven se le dejaba ver.

Pero nunca como entonces se habia encontrado solo con ella.

XIII

Francisco Estévan se levantó vivamente.

Tiró la pipa.

Llegó á Zéphirah, la asió de la mano y la llevó al divan.

Francisco Estévan conocia demasiado las maneras orientales, y se sentó sobre la alfombra, á los pies del divan, pero á una respetuosa distancia.

— ¡ Cómo, Sultana, la dijo, tú aquí !

— ¡ Oh, sí ! tú eres un gran caudillo, dijo Zé-

phirah volviéndose vivamente y bajando los ojos :
tú mereces el amor de la hija de un emir.

— ¡ Cómo ! huri de las huries, exclamó Francisco Estévan estremecido : ¿ tú me amas ?

— Sí... desde el dia en que te vieron mis ojos.

— Y tu padre...

— Mi padre me ha dicho que seré tu esposa.

— ¡ Ah ! exclamó con desprecio, con un desprecio que hizo que Zéphirah le mirase de una manera anhelante : cuando las bestias feroces se aterran son mas serviles y mas bajas que una miserable zorra acorralada.

Afortunadamente Francisco Estévan habia dicho en castellano aquellas palabras y no pudo entenderlas Zéphirah.

Pero comprendió el desprecio conque habian sido pronunciadas y sus ojos se llenaron de lágrimas.

XIV

— ¡ Oh, perdon, perdon arcángel de luz ! dijo Francisco Estévan : yo no he querido ofenderte.

Y era tan dulce y tan elocuente el acento del jóven que Zéphirah le miró conmovida y sus lágrimas se secaron.

Sonó en aquel momento un cañonazo muy cerca, como si le hubieran disparado dentro de los jardines del Bey.

Zéphirah se estremeció y se puso de pie aterrada.

Sonó otro cañonazo.

Zéphirah se arrojó temblando en los brazos de Francisco Estévan, que se sintió arrebatado, á pesar de aquella situacion de alarma, por una fruicion que no habia experimentado nunca.

Zéphirah se estrechaba temblando contra su pecho.

Entretanto habian retumbado otros dos cañonazos.

— ¡ Sálvame ! ¡ sálvame ! exclamó Zéphirah.

XV

Se abrió lentamente la puertecilla por donde habia entrado la jóven y apareció el Bey.

Zéphirah se habia desmayado.

No eran ya solo los cañonazos los que sonaban

sino gritos furiosos de hombres, tumulto de combate, disparos de fusilería.

Francisco Estévan dejó sobre el divan á la jóven desmayada, y dijo á Cide-Mohamed :

— ¿Es esto que tú me haces traicion?

— No, exclamó el Bey, es que se me rebelan los mios y combaten por entrar en la kasbáh.

— ¡ Oh ! exclamó Francisco Estévan : ¿ y esos cañonazos...

— Son los de mis leales que me defienden.

— Yo creía que eran de los mios : si, si, de los mios son.

— Si, ahora exclamó alentando el Bey : los tuyos vienen á nuestro socorro.

— Yo creía que me avisaban impacientes de mi tardanza. Pero nada temas ; los mios están ya sobre tus rebeldes, esto acabará muy pronto.

— ¡ Y te sientas ! exclamó el Bey.

— Si y recobro mi pipa, que no se ha apagado, y continuo fumando ; pero socorre á tu hija, Mohamed ; yo no puedo poner las manos en ella.

— Pero ese combate...

— Vamos : dijo Francisco : será necesario hacer algo para tranquilizarte.

Y se levantó, y atravesó la galeria, y bajó al jardin, y adelantó hácia el terraplen de un baluarte desde el cual se veia el puerto.

Encontró junto á sí al Bey tembloroso de miedo y de furor.

— ¿ Y tu hermosa hija ? exclamó Francisco, ¿ la has dejado abandonada ?

— Sus esclavas la socorrerán : pero el combate...

— Mira, le dijo Francisco Estévan, los mios han desembarcado y acometen á los rebeldes : oye : el fragor del combate disminuye.

No son ya tus esclavos los que disparan, son los míos que barren la playa.

¿Ves aquellas armas que brillan?

Son los fusiles de mis hombres, de mis bravos soldados.

¡Ah! ¿oyes un tambor?

Es el mío que llama á mi gente para que se reuna.

¿Oyes? ya nada, todo ha concluido.

— No, no ha concluido todo, dijo el Bey; dentro de mi kasbáh hay traidores que esperaban á que los de afuera triunfasen para degollarnos á ti y á mí.

Están indignados contra mí y contra ti porque te trato con amistad.

— ¿Y conoces tú á esos traidores?

— Acaba de denunciármelos uno de los mismos traidores arrepentido.

— ¡ Oh ! pues coronaremos de cabezas las almenas de tu kasbáh, dijo Francisco Estévan. Manda abrir las puertas ; yo voy á mandar á mi gente que tome tus jardines.

Francisco Estévan se llevó á los lábios un pequeño porta-voz, y dijo :

— ¡ Ah del Vengador !

(El barco se veia anclado á poca distancia, cerca de la playa).

— ¿ Qué manda el comandante ? respondió otra voz.

— Desembarcad el resto del equipaje y entrad en la kasbáh, contestó Francisco Estévan.

XVI

Poco despues, cuatrocientos hombres perfectamente armados formaban en los jardines del Bey.

En el bergantin habian quedado ciento.

Lo que quiere decir, que Francisco Estévan, desde que no le vemos, habia aumentado en trescientos hombres su equipaje.

Aquellos cuatrocientos hombres, mandados por Francisco Estévan, ocuparon la kasbáh.

CAPITULO VIII

EN QUE SE PROSIGUEN LAS MARAVILLOSAS AVENTURAS DEL GUAPO
FRANCISCO ESTÉVAN

REV. O. J. T. T. A. D.

THE REV. O. J. T. T. A. D. IS A MEMBER OF THE
REV. O. J. T. T. A. D. IS A MEMBER OF THE

Hubo una noche de sangre.

Cide-Mohamed-ben-Ali, auxiliado por Francisco Estévan, se habia ensangrentado en sus vasallos, y habia ahuyentado los que estaban en el cárabo y gran número de los de la ciudad.

Los unos eran verdaderos traidores.

Los otros podian serlo.

La sangre habia corrido por las pendientes hasta el mar.

En las calles de la ciudad habia lagunas.

El Bey y Francisco Estévan se habian paseado juntos sobre magníficos caballos blancos á la luz de antorchas, y seguidos de los marineros del Vengador, por entre montones de cadáveres.

Francisco Estévan, en vez de intervenir para disminuir la matanza, escitaba al Bey.

Al dia siguiente, no solo los fuertes muros de la kasbáh habian aparecido con una cabeza sobre cada almena, sino que de la misma manera horrible estaban coronados los de la ciudad.

El terror la dominaba.

Al salir el sol, no se veía en las calles mas que cadáveres.

No se oía otra cosa que un silencio de muerte.

II

Sin embargo, Cide-Mohamed no estaba satisfecho.

—Vendrán sobre nosotros las cabilas montañesas, dijo: todos estan escandalizados é irritados de que yo te honre á tí que eres el azote de nuestra ribera.

—Necesito la cabeza de ese hombre, dijo Francisco Estévan.

—Si yo te doy su cabeza, dijo el Emir, tú y yo moriremos: porque Cide-Aliatar-Benabarre es adorado aqui: si no se ha rebelado contra mi y me ha arrojado del trono, ha sido por que á mí me adoran mas que él.

—Despues del terror de esta noche, no puedes tener miedo.

— Estos son como los tigres : huyen y se ocultan, pero no se aterran, y afilan sus garras en la oscuridad de su antro : tú y yo tenemos pocas fuerzas para dominarlos si tocamos á la cabeza de Cide-Benabarre.

— ¡ Ah ! exclamó Francisco Estévan : no temas, aun somos otros quinientos bravos castellanos.

Y Francisco Estévan dominó con su anteojo el horizonte azul, en el cual habia aparecido un barco.

Aquel barco era la Desesperada, que venia á buscar al Vengador.

III

Francisco Estévan habia conocido al fin, que la empresa en que se habia metido era formidable.

Se podia vencer en la mar y en detalle á los piratas.

Se podia aterrar al Bey.

Pero no era lo mismo pretender dominar en Túnez á todos los bravios y rebeldes vasallos de Cide-Mohamed.

El golpe de aquella sangrienta noche habia aterrado á los de la ciudad.

Pero quedaban aun las cabilas.

Francisco Estévan se alegró, pues, del arribo de la Desesperada.

IV

El capitan Lagrange, que era un personaje tan misterioso como Pedro Lopez, habia logrado engañar á Francisco Estévan.

Pocos dias antes, cruzando este sobre la costa de Túnez, habia encontrado un barco con bandera francesa.

Un barco corsario.

Se habia puesto á la voz, y los dos corsarios se habian entendido.

El francés, aunque su buque era de mas porte, pasó el primero á visitar á Francisco Estévan, porque las insignias de este eran de capitan de

navío y las del corsario francés, de teniente de fragata.

Francisco Estévan encontró el buque muy bueno, y excelente y brava la tripulación.

Solo le extrañó vivamente una cosa.

La delicadeza, la afeminacion que encontró en la cámara.

No pudo menos de decirlo con una ruda franqueza á Mr. Lagrange.

— ¿Qué quereis? dijo este : yo tengo una querida.

— Y bien : ¿ y qué ?

— Que no sé vivir sin ella.

— Y bien, yo tengo una esposa, sin la cual no puedo vivir : sin embargo, la cámara de mi buque no es un retrete de dama.

— ¡ Qué quereis ! Julietta se irritaria contra mi

si no tuviese algo que se pareciese á su apartamento de la calle Coq-Héron.

— Sois un poco celoso, capitan ; dijo Francisco Estévan sonriendo.

— ¡ Ah ! ¿ porque no os he hecho ver á Julietta ?

— Vive Dios, la escondeis.

— No por cierto : es que no ha venido : este es un viaje de esploracion. Ya vendrá, y la vereis demasiado.

— ¿ Y cuál es vuestro objeto al venir á las costas de Africa ?

— Ayudaros y ayudarme de vos.

— ¡ Ah !

— Sí : vos, hasta ahora, solo habeis podido dar caza á piratas : pero no habeis podido aventuraros en espediciones atrevidas y rápidas en el pais:

yo vengo á eso : traigo cuatrocientos hombres disponibles de desembarco.

— Yo tengo otros cuatrocientos.

— Con ochocientos hombres y contando con el temor que ya habeis impuesto vos á los piratas, somos dueños de las costas : á no ser señor Estévan, que rehuseis mi alianza.

— De ningun modo : yo no soy tan soberbio que crea poder lo mismo con cuatrocientos hombres que con ochocientos : sin embargo, yo he logrado ya que el Bey capitule conmigo, que me dé tributo, y que tenga á grande honor el que yo me allane á visitarle : Túnez está en un estado de postracion terrible : en otro tiempo el Emperador armó gente, necesitó diez mil soldados, una armada formidable, y caudillos tales como Antonio de Leiva, el Marqués de Pescara y Andréa Doria, á mas de venir él en persona para llevar á cabo una segunda campaña en Túnez : hoy un simple corsario como yo, ha hecho poco

menos que Carlos V: pues bien, es verdad que él se encontró con una fiera, y que yo me he encontrado con esa misma fiera pero moribunda y sin garras y sin dientes.

— Vos sois tan buen capitán como el primero.

— Si quereis que yo os estime, capitán Lagrange, no me pondereis.

— Vuestra fama ha corrido de tal manera por el mundo, que antes de poco tendreis una escuadra formidable; porque yo sé que en Francia y en Inglaterra, se están armando corsarios para ponerse á vuestras órdenes.

— ¡ Oh! bien venidos sean: haremos para todos, y cuantos mas mejor, porque esto es muy rico.

Lagrange, en fin, habia engañado completamente, con su disfraz frances y con su astucia, á Francisco Estévan.

Este no podia figurarse que aquel hermoso bastimento, hubiese sido armado por Clara.

Y

Y la recordaba con insistencia.

Y siempre que la recordaba, experimentaba un terror vago.

¿De qué?

No lo sabia.

Pero al aterrarse, pensaba en Claudia.

Lagrange permaneció dos dias en el puerto de Túnez en la mejor armonia con Francisco Estévan.

Al fin partió prometiéndole volver tres dias despues.

Porque Lagrange decia que solo iba á Carta-

gena á recojer á Julietta que se habia quedado allí.

— ¡ Ah ! dijo Francisco Estévan ; pues si vais á Cartagena, informaos de lo que allí se dice de mí, y de si puedo tener esperanza de volver pronto ó tarde.

Lagrange partió.

Entretanto, como hemos visto, habia tenido lugar una insurreccion en Túnez, y aunque habia sido vencida esta insurreccion, habia puesto sério á Francisco Estévan.

Se alegró, pues, de la llegada del corsario frances y se fue al puerto para salir á recibirle.



CAPITULO IX

DE COMO EL BEY DE TÚNEZ MOHAMED-BEN-ALI ERA EXTRAORDINA-
BIAMENTE Á PROPÓSITO PARA JEFE DE POLICÍA

I

Muy pronto se pusieron á la voz los dos buques y se saludaron.

Por aquella vez, Francisco Estévan se fue á bordo de la Desesperada.

—¿ Con que al fin, dijo Francisco Estévan, venis decididamente á permanecer en estas costas?

—Sí, amigo mio, sí ; hé aquí ya á Julietta que tiene unos grandes deseos de saltar en tierra : siento que no podais verla ahora : viene muy mareada : tiempo habrá : mañana podreis almorzar con nosotros : no convido á vuestra esposa, porque yo no cometo inconveniencias.

—Gracias, dijo Francisco Estévan, porque me habeis escusado una contestacion ágría, señor libertino : ¿ por qué diablos no os casais ?

— Porque Julietta no quiere casarse conmigo.

— Esto es raro.

— Sí es raro, pero es verdad : Julietta es una jóven muy caprichosa : lo que no quita que sea muy honesta ; no ha tenido mas que un amor en toda su vida, ni tendrá otro.

— ¡ Oh ! todas las mujeres dignas son así : me

reconcilio con esa señora : casaos con ella : si vos no podeis convencerla yo la convenceré.

— Me hariais un gran favor si la decidieseis á casarse conmigo : pero lo hallo imposible : en fin, ya vereis.

Francisco Estévan estuvo algun tiempo en el buque, y durante él miró con una inquietud instintiva que no se esplicaba bien, que él tomaba por curiosidad á la cerrada cámara de popa.

Los dos barcos entraron juntos en el puerto en donde les esperaba el Bey con un bote.

II

Al saltar en tierra, Lagrange exclamó :

— Vível Dios que encontramos esto terrible-

mente sangriento; valiente corona de cabezas se hacen regalar hoy Túnez y su castillo. ¿Y habeis sido vos?

—Sí, contestó Francisco Estévan.

—¿Y por qué no os coronais en Túnez?

—Yo no he venido aquí á coronarme.

—Tomad á lo menos posesion en nombre del rey de España.

—No os hagais ilusiones, capitan Lagrange; dijo Francisco Estévan: eso no puede ser, si pudiera ser, ya estaria hecho, antes que por mí por otro: en Africa es muy facil barrer las costas, pero penetrar en el interior, es siempre terrible: el cabila es indomable, y luego un establecimiento en Africa no conviene: costaria perpetuamente mucha sangre y mucho dinero: si yo hago aquí algo, es en la mar: lo que he hecho en Túnez, ha sido por sorpresa y ayudando al Bey:

ya vereis, ya vereis lo que tarda esto en traer resultados.

III

El Bey recibió admirablemente á los dos capitanes.

Y mucho mas cuando saltó en tierra la gente de desembarco.

Se formó en la playa.

Eran ochocientos hombres.

La mitad blancos y la mitad negros.

El Bey los miró con envidia.

Eran todos gente dura y feroz.

No se sabia por quienes poner.

Si por los blancos ó por los negros.

Todos eran atléticos.

Todos estaban admirablemente armados.

Todos abigarradamente vestidos.

Instruidos ademas como tropas regulares.

IV

Pasaron en columna de honor por delante del Bey.

Luego volvieron á sus barcos.

El Bey convidó á comer á los dos capitanes.

Comió conversando con ellos, y por halagarlos se prestó á beber vino.

Nuestros dos valientes, ó mejor dicho, Francisco Estévan, notó que el Bey bebia sin repugnancia.

Notó tambien que miraba con mucha atencion á Lagrange.

Le extrañó que despues de la comida, el Bey cargase por sí mismo una pipa y la diese á Lagrange, y despues que sacara de otra bolsa distinta aunque de color semejante el tabaco con que cargó la pipa que ofreció á Francisco Estévan.

El solo hecho de cargar por sí mismo las pipas, era una muestra de debilidad en el Bey.

V

Pero á poco que fumó Lagrange se quedó adormecido.

Por último, se durmió del todo.

— ¡Ay de aquel á quien yo ofrezco una pipa !
dijo entonces el Bey : no despertará.

— Repara, magnífico Señor, que á mí tambien me has ofrecido una pipa.

— Era necesario para que no sospechase el otro, dijo el Bey : ese hombre es un traidor.

— ¿ En qué lo has conocido ?

— Yo no me engaño nunca ; ese hombre es un enemigo tuyo, y un enemigo tuyo á muerte.

—Esplicame.

—Ese hombre está pintado : parece blanco y es moreno, su pelo aparece rubio y es negro : mira.

Y el Bey asió la cabeza del dormido Lagrange é hizo reparar en los cabellos á Francisco Estévan.

El nacimiento de estos era negro.

Esto no se notaba, sino de una manera casi imperceptible.

Pero teniendo buena vista, se notaba de cerca.

El Bey lo habia notado sin embargo algo de lejos.

Lo que queria decir, que tenia vista de águila.

—Mira aun ; el sudor ha arrollado en este punto el color : mira debajo aparecer la piel morena.

El Bey era astuto y sagaz y observador, como todos los amazirgas de raza pura.

— ¡ Oh ! sí, sí ; aquí se esconde una traicion , dijo Francisco Estévan.

El Bey tocó un timbre.

Acudió uno de los esclavos jefes de la alta servidumbre.

Un personaje grave y melancólico, completamente vestido de rojo y con los ojos mas feroces del mundo.

— Llévate ese hombre, dijo el Bey ; desnúdale lávale, y vuelve cuando todo esto esté hecho.

El eunuco asió al llamado Lagrange, cargó con él como hubiera podido cargar con un saco de ligero peso, y se lo llevó.

VI

Francisco Estévan estaba pálido de coraje.

Le irritaba la traicion.

— ¿Y no sospechas de donde te puede venir esto? exclamó.

Francisco Estévan recordó á Clara.

— No, no puede ser, dijo.

— Las cosas que parecen mas imposibles, son las que suceden con mas frecuencia, dijo el Bey: todo consiste en que somos ignorantes y no conocemos la verdad.

— Hay una mujer que está empeñada por mí.

— Las mujeres son capaces de todo, dijo el Bey ; ¿ es valiente esa mujer ?

— Sí... ha sabido defenderse de un tigre que estaba enamorado, abrasado en una pasión brutal por ella : ha estado un año cautiva en Africa, y sin mas medio que su corazón y su astucia, ha sabido defender su pureza : yo la rescaté.

— ¿ Esa mujer, pues, te adora ?

— Creo que á lo menos tiene empeñada contra mí su vanidad.

— ¿ Esa mujer es rica en vuestra tierra ?

— Sí, riquísima.

— Esa mujer, pues, ha fletado ese hermoso barco.

VII

Apareció entonces el eunuco que se habia llevado á Lagrange.

— ¿Está ya ? dijo el Bey.

El eunuco se inclinó humilde en una manifestacion afirmativa.

— Vamos á saber lo que hay de verdad en eso, dijo el Bey: que despierte ese hombre, pero que despierte asegurado.

El eunuco desapareció.

Poco despues salieron del retrete el Bey y Francisco Estévan.

Recorrieron una galería, y al fin de ella el Bey abrió una puertecilla.

Descendieron por unas estrechísimas escaleras y llegaron á una bella estancia que era un baño, en el cual habia algunas pilas de mármol.

En el centro, sobre una losa, desnudo y sujeto con unas correas por los brazos y por las piernas, estaba Lagrange.

— Parecia como que despertaba de un profundo sueño.

Lo rubio de sus cabellos habia desaparecido.

En su lugar quedaba un negro intenso con reflejos azulados.

El blanquísimo color de su semblante, habia desaparecido tambien.

En su lugar habia quedado un color cobrizo, pero limpio.

VIII

— ¡ Un turco de Stambul ! exclamó el Bey, yo conozco mucho á estos canallas de Stambul porque sirven para todo, y son especialmente grandes corredores de esclavos.

— ¡ Ah ! me irrita estraordinariamente, dijo Francisco Estévan el haber sido engañado de este modo.

El falso Lagrange acabó al fin por volver enteramente al uso de sus facultades.

Una espresion de terror, de agonía, apareció en su semblante al verse en aquel estado, medio desnudo, y delante del Bey y de Francisco Estévan.

IX

— Pido la gracia de mi cabeza, á trueque de revelarlo todo, dijo aquel hombre sobreponiéndose á su terror.

— Nada de condiciones, dijo el Bey : veremos si mereces la gracia de la vida : por lo demás, hablando voluntariamente te librarás de que yo te haga hablar de una manera muy dolorosa para ti : ¿cómo te llamas?

— Hassan-Kattan.

— ¿De dónde eres?

— De Constantinopla.

— ¿Qué profesion?

— Corsario.

— ¿Quién te ha llamado.

— Admed-Sinaga, un antiguo camarada mio.

— ¿Quién es ese Admed-Sinaga?

— Un antiguo paje del corsario Benabarre.

— ¡ Ah ! exclamó Francisco Estévan.

— En Cartagena se llama Pedro Lopez, añadió Hassan-Kattan, que cantaba de plano para que no le atormentasen y procurando librar la cabeza.

— ¿Qué hacia en Cartagena? preguntó Francisco Estévan.

— Era espía de los corsarios berberiscos : él los avisaba de cuándo se podía dar un buen golpe sobre seguro en la costa de España.

— ¿ Ese hombre tiene alguna manera de vivir en Cartagena para no hacerse sospechoso ?

— Si, era mercader de géneros de Oriente.

— ¿Se valió de él el marqués de Castro Ponce para que fuese acometida por los corsarios de Aliatar-Benabarre la quinta de los Azahares?

— Sí.

— ¿Se puede probar que el marqués llamó á los piratas de Africa?

— Sí : Admed-Sinaga tiene cartas del marqués; las tiene tambien Aliatar-Benabarre.

¿Dónde está ese?

— Hassan-Kattan no respondió.

Miró con ansiedad al Bey.

X

— Habla, le dijo este : veremos si estás bien informado.

— Me mandas que hable, ¿poderoso señor?

— Sí.

— ¿Y no me cortarás la cabeza si hablo?

— Tu suerte es del capitan Estévan.

— ¡Habla! dijo este.

— Pues bien : tú, poderoso Bey de Túnez, tienes secretamente escondido en tu haren á Aliatar-Benabarre.

— Es verdad, dijo el Bey.

— Disfrazado de eunuco.

— Es verdad.

— Temeroso tú del capitan Francisco Estévan.

— Es verdad.

Hubo algunos momentos de silencio.

Francisco Estévan estaba dominado por la alegría.

Le protegía la Providencia.

Podía lanzar contra el marqués de Castro Ponce, contra aquel peligroso miserable, el rigor de la justicia.

XI

— La Desesperada, dijo al fin Francisco Estévan, se ha fletado sin duda para hacerme traición?

— Sí.

— ¿Esa que tú llamas Julietta y francesa, que yo no he podido ver porque aun padecía del mareo, quién es?

— Una mujer que te ama, que está desesperada y que aborrece á tu esposa.

— ¿Doña Clara?

— Sí.

— ¿Ha comprado ella el barco?

— Sí.

— ¿Está en el barco?

— Sí.

— ¿Está tambien en el barco el llamado Pedro Lopez?

— Sí.

— Basta, dijo Francisco Estévan : te suplico, poderoso Bey, que mandes encerrar á ese hombre y que me lo tengas guardado.

— ¡ Oh sí ! pero yo acabaria mas pronto, dijo el Bey ; ese infame no merece ni el pan negro que se le dé para que no muera de hambre.

— Le necesito.

-- Sea lo que tú quieras.

Y el Bey llamó y mandó encerrar en una mazmorra á Hassan-Kattan.

XII

Salieron de nuevo al retrete de donde habian partido.

— Creo, dijo el Bey, que estaba contento, porque obligaba á Francisco Estévan, que podremos tomar con mucho placer media docena de tazas de café y fumar una pipa.

— Yo lo creo tambien.

— Pienso que me vas á exigir un gran sacrificio, dijo el Bey.

— ¿Cuál?

— Que te entregue la persona de Aliatar, es mi mejor vasallo.

— Un hombre que se presta al asesinato infame, no puede ser leal á nadie, dijo Francisco Estévan.

— Le estiman mucho mis vasallos, le adoran.

— ¡ Ah ! tienes miedo.

— Sí, miedo de una rebelion terrible si te lo entrego.

— Aun están frescas y sangrientas las cabezas de dos mil traidores sobre las almenas de tu ciudad : como he cortado esas dos mil cabezas, cortaré otras dos mil mas : de otra manera te tendré por mi enemigo.

— Tendrás á Cide-Aliatar-Benabarre.

— ¿ Ahora mismo ?

— Ahora mismo.

— Pues vamos.

El Bey llevó á Estévan al lugar inviolable don-

de no entraba mas hombre que él, y donde, sin embargo, habia entrado Benabarre para ser escondido, y entraba Francisco Estévan para que el escondido le fuese entregado.



CAPITULO X

DE COMO TENIA UNA SUERTE INSOLENTA FRANCISCO ESTÉVAN



I

Antes de la puesta del sol, Francisco Estévan se fué al costado de la Desesperada y dijo à un guardia de la manera mas franca y mas alegre del mundo.

— Vuestro capitan se queda allá durmiendo en la kasbáh, y yo vengo por encargo suyo á ver si está esto en órden.

— ¿Y por qué no viene el capitan? dijo una voz feroz avanzándose á la borda.

— ¡Cómo canalla! exclamó Francisco Estévan, y te atreves á interrogar á un jefe amigo de tu capitan? vamos, yo creo que tienes grandes ganas de trabar conocimiento con el cabestrante si es que no le conoces ya demasiado.

— Perdonad mi comandante, perdonad, dijo el segundo admirado: ya veis que las precauciones ..

— ¡Las precauciones contra mí, pícaro!

— Allá van la escala y los cordones mi comandante.

II

Francisco Estévan saltó á bordo.

Inmediatamente se dirigió á la cámara.

Nadie se atrevió á oponérselo.

Rodeaba á Francisco Estévan un prestigio poderoso.

El equipaje de la Desesperada estaba viendo desde el barco las sangrientas cabezas que coronaban los muros de Túnez, y sabían que Francisco Estévan habia rendido aquellas cabezas.

III

Nuestro valiente llamó á la puerta de la cámara.

— Entrad, dijo una voz dulce.

Francisco Estévan entró.

— Clara estaba vuelta de espaldas abriendo una papelera.

No vió, pues, quién era el que entraba.

Suponia que era Hassan-Kattan.

— Y bien, dijo sin volverse, ¿dónde habeis dejado á ese traidor?

— Encerrado en una mazmorra de la cárcel de Túnez, señora mia, respondió tranquilamente Francisco Estévan.

IV

A las primeras palabras, Clara se volvió lanzó un grito, y se apoyó en un mueble para no caer.

— ¿Qué os sucede? dijo Francisco Estévan: me habeis preguntado por un traidor, y os he respondido.

— Satanás os protege, exclamó Clara, descompuesta, colérica, arrojando fuego por los ojos.

— No, señora mia, no; me protege la Providencia: todo me aviene mejor que podia esperar.

— No; porque estais en mi poder, no; porque voy á tomar satisfaccion cumplida de todo cuanto me habeis hecho padecer.

— Hassan-Kattan está preso, dijo Francisco

Estévan ; yo lo sé todo : esa gente no os obedecerá, vuestro barco es mio, tan mio, como el Vengador.

— ¡ A mí ! ¡ socorro ! gritó de improviso Clara.

V

Francisco Estévan no se movió.

Se oyeron precipitados pasos sobre el puente y apareció en la puerta de la cámara un hombre en quien, á pesar de estar pintado de negro y disfrazado, reconoció Francisco Estévan á Pedro Lopez ó á Admed-Sinaga.

Al ver á Francisco Estévan retrocedió aterrado.

Francisco Estévan se lanzó sobre él, le asió, le

arrastró fuera de la cámara, le sacudió, le tiró sobre el puente, y dijo al equipaje que estaba asombrado.

— Vuestro capitan está preso allí.

Y señaló la kasbá de Túnez.

— Este hombre, tambien capitan vuestro, está rendido á mis piés : esa mujer que está en la cámara, es una esclava mia.

— No, no, gritó Doña Clara : defendedme, vengadme.

Francisco Estévan paseó una mirada terrible por la tripulacion de la Desesperada.

Ningun marino se movió.

VI

Entretanto Velasco, que habia visto entrar á bordo del corsario, tenido por francés, á Francisco Estévan, y que habia notado en el corsario un movimiento extraño, habia enviado una chalupa llena de gente armada.

Aquella gente entró á bordo de la Desesperada.

Al ver esto Clara dió un grito y cayó por tierra sin sentido.

VII

El equipaje de la Desesperada aclamó por su capitán á Francisco Estévan.

Este mezcló las tripulaciones.

Pasó á la Desesperada la mitad de la tripulación de su Vengador, y á este la otra mitad de la Desesperada.

Francisco Estévan tenía ya dos buques con treinta y una bocas de fuego y ochocientos hombres de desembarco.

Se podía atrever á todo.

—Con menos conquistó Hernán-Cortés á Méjico, se dijo.

Y se fué á su barco, á donde acababa de conducir desde Túnez al pirata Benabarre.

CAPITULO XI

DE COMO SALIÓ TRIUNFALMENTE Á LA LUZ DEL INCENDIO

CARGADO CON UN TESORO DEL PUERTO DE TÚNEZ

FRANCISCO ESTÉVAN



I

Cuando volvió en si doña Clara, vió que tenia á su lado, cuidando de ella con una tierna solitud, á una mujer semejante á un ángel.

— ¿Quién sois? exclamó.

— ¡ Qué os importa quien yo soy ! dijo Claudia, lo que importa es que os repongais.

— ¡ Oh Dios mio ! exclamó Clara... vos sois...

— Una hermana vuestra.

— ¡ Herma mia !

— Sí, yo soy hermana de todos los que sufren.

— Vos sois la marquesa de...

— Sí, yo soy.

— ¡ Oh Dios mio ! ¡ Dios mio !

Y sobrevino á Clara una reaccion.

— Yo estoy maldita de Dios.

— ¡ Vos ! ¡ vos maldita !

— Sí, yo : yo os aborrecia.

— ¿ Y por qué ?...

— Porque...

— Sí, ¿ por qué ?...

— Porque estaba loca.

— ¿Y ahora no me aborreceis?

— No.

— Creo en efecto que estais turbada un poco,
dijo dulcemente Claudia.

— ¿Por qué?

— Porque me aborreciais sin conocerme.

— ¡Oh! teneis razon, teneis razon, exclamó
Clara y rompió á llorar.

Se abrazó al cuello de Claudia.

— Perdonadme, dijo.

— ¿Y por qué?

— Porque he querido pèrderos.

— No, vos no habeis querido perderme.

— ¡Oh! sí.

— Si hubierais querido perderme, no me pe-
diriais perdon.

— Es que yo estaba loca.

— Dios os volverá la razon.

— La tengo ya... y me arrepiento : vos pagais con la caridad el ódio : vos sois digna de ser feliz.

■ Y asió el brazo de Clara.

— Yo quisiera haceros feliz, dijo Claudia: y lo sereis, sí, lo sereis, yo os lo aseguro, por que sois buena y Dios os protegerá.

Claudia enfin fué un ángel para Clara.

II

Habia cerrado la noche.

A bordo del Vengador pasaba una escena de diferente género.

Atados y cargados de cadenas, sentados en un banco, y terribles como lobos cogidos en trampa, estaban Cide-Aliatar-Benabarre, Hassan-Kattan y Atmed-Sinaga.

La tripulacion se agrupaba detrás.

Delante, á manera de jueces, estaban Francisco Estévan, Velasco, el capellan, un ayudante de piloto.

La plana mayor, en fin, del buque.

III

— ¿Con que al fin, Benabarre, con que al fin, puedo yo vengar la muerte de mi pobre padre?

— Gracias á la traicion de un perro cobarde

digno de tener por amigos á los cristianos, dijo el feroz pirata.

— ¡Qué... osas hablar, miserable, exclamó Francisco Estévan, cuando tenias preparada una conspiracion infame contra un generoso amigo que te ha amparado.

— Me ha protegido de miedo.

— No : tú te has introducido en su casa como un reptil : tu yendo ampararte de su kasba buscaba su esterminio.

Yo no podia penetrar en ella entonces.

Tú te has valido de mí como de un pretesto.

Inútil es que persistas en negar.

Tus cómplices, esos dos miserables entre quienes estás, han declarado por temor al tormento.

— Yo seré vengado, dijo Benabarre, rugiendo como un leon que se conoce impotente.

— ¡Ah miserable! exclamó Francisco Estévan:

solo en una cabeza tan horrible como la tuya
pueden caber los proyectos de tales crímenes.

Te prevaliste de la locura de una muger deses-
parada.

Pretendiste envolverme en una traicion.

Apoderarte de esa loca, de su oro, de su barco.

Te apoderaste de mi esposa.

Del tesoro que yo he arrebatado de vuestras
costas.

Destronar al débil Cide-Mohamed-ben-Ali.

Y sugetarme á mi á un cautiverio espantoso,
infamante, horrible.

Como si esto pudiera ser.

Como si Dios abandonase á los suyos para en-
tregárselos á los traidores, á los asesinos, á los
horribles.

¡ Ah ! ¡ ah ! no, no puede ser eso.

Dios no lo quiere.

IV

Dichas estas palabras, Francisco Estévan se volvió á su equipaje.

— Apoderaos de esos hombres, dijo, desnudadlos, al cabestrante, y de firme, hijos de firme : pero cuidado de no matarlos : estos canallas tienen que servir todavía.

Claudia no estaba allí.

No habia, pues, nadie que se opusiera á aquel castigo.

Claudia cuidaba de Clara.

De la mujer que habia querido perderla.

V

Pero los gritos desesperados de los azotados que lo eran de firme como habia mandado Francisco, llegaron hasta la Desesperada.

Claudia preguntó á uno de los marinos del Vengador que estaban á bordo de la Desesperada, qué era aquello.

— Eso es, señora, dijo de la manera mas natural el marino, que acarician á esos tres herejes con el revenque.

— ¡Oh! exclamó Claudia : que cese, que cese ese bárbaro castigo al momento : á pesar de todo son criaturas de Dios.

El marino no se atrevió á replicar.

Aquella que podia llamarse órden de Claudia fue trasmitida al momento.

Y obedecida.

A esto debieron los azotados, que la racion de azotes se redujese á una cuarta parte.

Fueron conducidos á la sentina, y muy pronto dominó un silencio profundo.

VI

Avanzó la noche.

La luna brillaba en lo mas alto del cielo argentando la mar.

No se veia una sola luz en tierra ni en los barcos.

Solo las guardias velaban.

De improviso los dos marineros de cuarto del Vengador y de la Desesperada, gritaron :

— ¡Incendio en Túnez !

— ¡Incendio en la kasba del Bey !

Inmediatamente resonaron en uno y en otro buque los tambores tocando zafarrancho.

Todos despertaron, todos se armaron.

VII

De improviso se vió en la kasba de Túnez, entre el incendio, una agitacion espantosa.

Pasaban por delante de las llamas personas como demonios, y se oía un nutrido fuego de espingarda.

No tardó en aparecer á la lengua del agua un hombre que estendia los brazos y gritaba desesperado.

— ¡ Venid, venid á socorrer á mi Señor, vosotros que sois sus amigos.

Los ochocientos hombres de las dos tripulaciones desembarcaron con Francisco Estévan, á la cabeza.

Llegaron y encontraron abierta la primera puerta, cuya guardia se habia mantenido fiel al Bey.

Pero llegaron á la kasba y encontraron las puertas cerradas.

Era necesario abrirlas.

Pero como no habia nadie en los muelles porque todos los insurrectos estaban dentro del alcázar, el asalto fue fácil.

VIII

Dos ó tres mil furiosos lo llevaban todo á sangre y fuego en la kasba.

No se oían mas que gritos rabiosos pidiendo á Aliatar-Benabarre, lanzando alaridos de muerte contra el Bey.

Las mujeres del harem, corrian de acá para allá.

Allí donde eran encontradas eran muertas.

La sangre y el carnaje tenían lugar por todas partes.

Francisco Estévan tenía como suele decirse barro á mano.

Y se enfangaba, como suele decirse, también.

Iba ardiente, terrible, espada en mano delante de sus marinos, que atropellaban por todo.

Al rojo reflejo del incendio, trasfigurado por el valor, nuestro *Guapo* estaba magnífico.

IX

Y avanzaba, avanzaba, avanzaba, dejando tras sí la muerte.

Los insurrectos estaban arrinconados.

Al fin, en menos de una hora, habían sido expulsados de la kasba los pocos que habían quedado con vida.

Francisco Estévan habia salvado á una jóven.

Aquella jóven habia sido la hermosísima niña Zephirah que se habia encontrado con él cuando huía.

Se arrojó en los brazos de Francisco Estévan.

— ¡ Ah ! ¡ generoso castellano ! exclamó Zephirah ; ¡ salvad á mi padre, salvadle !

Pero no se sabia donde estaba el Bey.

Zephirah fue inmediatamente enviada al Vengador.

X

En cuanto al Bey, no se le encontró sino cuando todo estaba concluido, en un callejon del muro, entre la ciudad y la kasba.

Tenia partida la cabeza de un tajo de yatagan y estaba espirante.

Sin embargo, reconoció á Francisco Estévan.

— ¡Mira, mira, le dijo, lo que me ha costado el entregarte ese malvado de Benabarre! ya lo sabia yo.

— Benabarre morirá : morirá horriblemente, exclamó Francisco Estévan, yo te lo juro.

— ¡Pero mi hija, mi adorada hija Zephirah! exclamó con un dolor infinito el Bey.

— Tu hija, se apresuró á decir Francisco Estévan, está en mi barco y amparada.

— ¡Ah! pues si ella se ha salvado, ella que era mi único amor, ¿qué me importa todo?

¡Oye, oye, añadió : recoje mis últimas palabras! ¡salva mis tesoros : los encontrarás en un subterráneo que hay debajo de un retrete donde tantas veces has estado conmigo!

La entrada está debajo del divan.

¡ Para mi hija ! ¡ para mi hija !

Y espiró.

XI

Cuando Francisco Estévan tuvo cargados aquellos tesoros, que eran inmensos, en los hombros de sus marinos, dijo :

— Ahora vámonos, dejémoslos que se los lleve el diablo y que se compongan como puedan para tener señor : esto es una revolucion como otras tantas, en que á cada paso se ensangrientan estos bárbaros. Recojamos nuestros muertos y nuestros heridos, y á Cartagena : no quiero estar ni un momento mas en estos mares desde que sé que puedo volver á mi patria.

Aquellos tesoros habian costado cincuenta y tres hombres muertos y tres heridos.

Francisco Estévan hizo que se condujeran los cadáveres de los suyos y el del Bey á Cartagena.

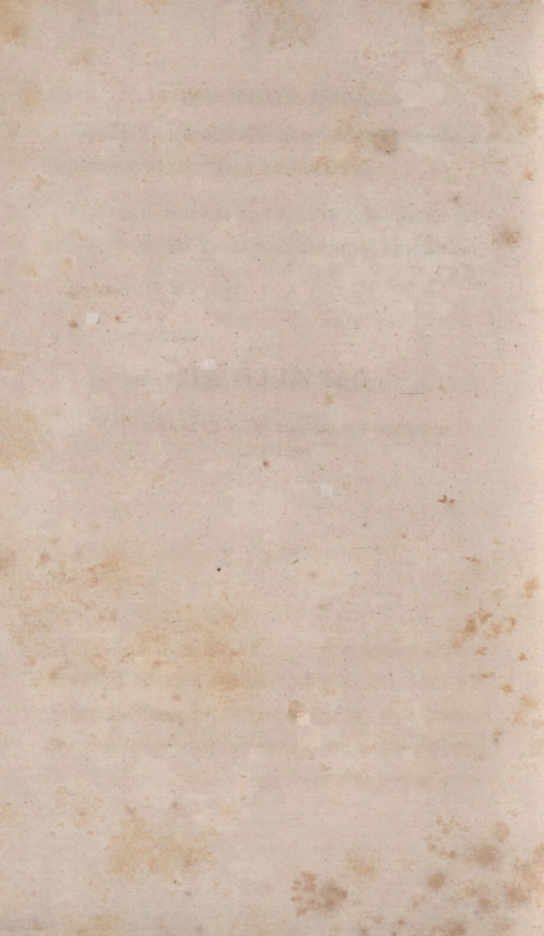
La travesía era corta.

El tiempo bueno.

A la tarde siguiente, antes de que cerraran el puerto, debian llegar á Cartagena.

CAPITULO XII

DE COMO NO HAY QUE FIAR MUCHO EN LA PROTECCION
DEL DIABLO



Si la primera vez que entró en triunfo Francisco Estévan en Cartagena, no tuvo límites el entusiasmo de sus paisanos, fácil es de comprender que el entusiasmo alcanzó al frenesí, al delirio, en cuanto se supo lo que acababa de hacer.

Traia un magnífico barco, prisionero, que tal podia llamarse la Desesperada.

Aquel barco que habia causado tanta novedad en Cartagena tres dias antes.

Traia tres piratas cautivos, el cadáver del Bey de Túnez, y lo que causaba la envidia de todos, no sabemos cuantas pesadas barricas de oro.

Los valientes del puerto, decian con orgullo :

— Nuestro *Guapo* lleva por lastre en su barco, oro y pedrería.

II

Repicaban, pues, las campanas á badajo perdido, se hacian salvas, volaban por todas partes cohetes, nadie trabajaba, todos andaban vestidos de dia de fiesta.

III

Y lo que mas envidia causaba á algunos, no era ciertamente la victoria que realzaba el nombre del *Guapo*, ni el oro que traia, ni las tres jóvenes que le acompañaban.

—Vamos, decian, con la fama de este Estévan, los moros se han vuelto moras.

Francisco Estévan se habia dejado de temores, sabia muy bien quedespues de lo que habia hecho, el Rey le indultaria por el delito de haberse casado sin su licencia, y la justicia y la iglesia por las infracciones que habia cometido contra las leyes y los canones casándose sin ningun género de formalidades con Claudia.

Habia, pues, entrado en Cartagena, llevando á Claudia al lado, hermosísima, feliz y engalanada como una reina.

Le acompañaban Clara resignada, y Zephirah triste.

Con ellas y con sus marinos, fue á la catedral á dar gracias á Dios.

Allí se encontró á don Serafin y á su familia.

El buen comerciante se arrojó llorando de placer entre sus brazos.

IV

Abandonemos todas estas fiestas, de las cuales pueden hacerse fácilmente cargo nuestros lectores, sin que nosotros se las describamos, y traslámonos á casa del marqués de Castro Ponce.

— ¿Qué diablos de campaneo es ese? exclamaba asomado al balcon de su cuarto, y viendo correr la gente.

¿Será que ha vuelto ese maldito Francisco Estévan?

¡ Vah! ¡ imposible !

La ratonera estaba muy bien armada.

Pero en cambio, tiene hecho pacto con satanás.

Si fuera él, yo estaria perdido.

Seria señal de que habia conocido la intriga, que la habia deshecho, y que tenia la prueba de todo.

Es necesario saber si es él ó no.

Y tiró de la campanilla.

V

Pero cuando acudió el criado, el marqués, vió que estaba pálido y que no se atrevia á hablar.

—¿Qué sucede? preguntó asustado el marqués.

—Sucede, señor, que ahí está el señor alcalde mayor que viene á prender á vuecencia.

—Pues es necesario que yo me salve, exclamó el marqués.

— Han cercado la casa, dijo el criado.

El marqués corrió á su retrete, donde tenia sus pistolas.

Pero en aquel momento entró el Alcalde mayor.

Comprendió la intencion del marqués, y dijo á los alguaciles:

— Sujetar á su esclencia, el señor marqués de Castro Ponce.

— No hay necesidad, dijo el marqués retirándose del secreter, y al paracer tranquilo: ¿qué quiere usía, señor Alcalde mayor?

— Vengo á prender á vucencia, y le suplico que me siga.

— ¿Y no puedo tener por prision mi casa?

— No señor: los crímenes de que se acusa á vucencia, son gravísimos.

— ¡Crímenes! exclamó el marqués: ¡calumnias!

— Yo espero y deseo, dijo friamente el alcalde mayor, que esta acusacion sea calumniosa: entretanto me veo obligado á conducir á vucencia á la cárcel.

— ¡ A la cárcel ! exclamó el marqués : ¡ ni siquiera á un castillo como me corresponde !

— Los crímenes de que se acusa á vucencia son de desafuero.

El marqués fue conducido á la cárcel pública, encerrado en un profundo y horrible calabozo y cargado de cadenas.

VI

Los cargos que contra el marqués resultaban en el proceso, eran terribles.

Pardales, sujeto al tormento, habia declarado todo lo que en otra ocasion habia revelado á Francisco Estévan.

De esto en verdad, no habia mas prueba que el dicho de Pardales.

Pero como Pardales habia sido el envenenador de toda una familia, aquella declaracion tenia el carácter de confesion.

Habia ademas otros cargos perfectamente probados.

Los de connivencia y auxilio á los piratas de Africa.

Los de asesinato é incendio causado por medio de estos piratas.

Los de tentativa de asesinato por medio de piratas contra Francisco Estévan y su esposa.

En esta acusacion estaba hasta cierto punto complicada Clara, pero por la influencia de Francisco Estévan se la habia descartado, y se habian vuelto, respecto á ella, las cosas al revés y en vez de aparecer culpable, aparecia como víctima.

VII

Este proceso se llevó muy de prisa.

Cartagena estaba escandalizada.

Se esperaba con ánsia el resultado del proceso.

Mientras este se acababa de sustanciar, tuvo lugar en la catedral una ceremonia.

La confirmacion, la legitimacion, mejor dicho, la formalizacion del matrimonio de Francisco y Claudia.

El Rey y la Iglesia habian perdonado al valiente.

Otra ceremonia religiosa, menos pública, menos ruidosa tuvo lugar algunos dias despues.

La entrada en el claustro de Clara.

Zephirah entró tambien con ella en el convento de Carmelitas, pero no como novicia, sino como educanda.

Habia sido bautizada bajo el padrinazgo del Rey, y era necesario instruirla en los misterios de nuestra santa religion.

El Rey la habia concedido el título de marquesa del Rescate.

Sus inmensos tesoros habian constituido una renta enorme.

Clara por su parte habia donado sus cuantiosos bienes á las madres carmelitas.

Francisco Estévan habia aumentado aquel donativo dando por *La Desesperada* treinta mil duros.

El nombre fue cambiado.

La goleta se llamó *Arrepentimiento*.

Fue desarmada y se la destinó al comercio.

Algunos decían á Francisco Estévan.

— ¿Por qué no os habeis quedado con ese barco? es mejor que el vuestro.

— Porque hubiera sido pagar con una ingratitud los buenos servicios que me ha hecho el Vengador.

Todo habia entrado en su período de orden y de calma.

Francisco Estévan era verdaderamente feliz.

Se habia tomado algun tiempo de licencia antes de aventurarse en nuevas empresas y vivia con su mujer en la casa de sus padres sin mas servidores, á pesar de sus inmensas riquezas aumentadas con las de Claudia, que el viejo Simon y Rosalia.

EPILOGO

Dos meses despues de haber entrado triunfante de su segunda campaña en Cartagena Francisco Estévan, fueron ahorcados :

El marqués de Castro Ponce, cuyo título se habia anulado, y cuyo blason se habia roto, sobreviniendo la confiscacion de sus bienes.

Pardales como asesino.

Hassan-Kattan como asesino, renegado y agente de los piratas berberiscos en España.

Y Aliatar Benabarre y Atmed-Sinaga como piratas.

Con esta última campaña no terminaron las proezas de Francisco Estévan ni la novela de su vida, ni las de los otros personajes relacionadas con ella.

En otra ocasion nos ocuparemos de las maravillosas aventuras de nuestro héroe, que no relatamos á nuestros lectores en este libro.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO. — ¿Quién engaña á quién?	1
CAPITULO II. — De como los leones huyen y los canallas se arrepienten.	21
CAPITULO III. — De como hay casualidades que parecen pro- videncias.	39
CAPITULO IV. — Un personaje envuelto en un misterio fácil de adivinar si se medita un poco.	59
CAPITULO V. — Lo que es capaz de emprender una mujer por la venganza de su amor.	85
CAPITULO VI. — En que se conoce un nuevo buen corsario y se tienen algunas noticias de Francisco Estévan. . . .	90

CAPITULO VII.— De como era en Túnez mas Señor que el Bey Francisco Estévan.	131
CAPITULO VIII. — En que se prosiguen las maravillosas aventuras del Guapo Francisco Estévan.	161
CAPITULO IX. — De como el Bey de Túnez Mohamed-ben-Ali era estraordinariamente á propósito para jefe de policía.	175
CAPITULO X. — De como tenia una suerte indudable Francisco Estévan.	203
CAPITULO XI. — De como salia triunfantemente á la luz del incendio cargado con una corona del puerto de Túnez Francisco Estévan.	215
CAPITULO XII. — De como no hay que fiarse mucho en la proteccion del diablo.	235
EPILOGO.	249

8.000
et. 1^{er}

- Andalusie
- Sevilla
- Lit. esp. s. XIX

